

OMNIA POSSUM IN EO QUI ME CONFORTAT

A.C.N. DE P.

Año XLV - Agosto 1968 - Número 862 - Extraordinario -
Depósito Legal: M. 244-1958

Director:
José Luis Gutiérrez García

EDITORIAL



ANGEL HERRERA HA MUERTO

Corren hoy, para la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, tiempos de luto, días de hondo dolor.

Angel Herrera, su primer presidente, propagandista de excepción, sacerdote después, obispo y cardenal luego de la Santa Iglesia Católica, infatigable fundador de tantas obras beneméritas, ha muerto en el Instituto Social «León XIII», tal y como había vivido, santamente, dejando tras de sí una estela imborrable de amor y de recuerdo. Pero su espíritu selecto de pescador de hombres perdurará eternamente, más allá de nosotros, como paradigma lúcido e inmarchitable.

Y es ahora cuando la figura del ilustre propagandista, serena, cordial, inteligente y sencilla, adquiere su verdadero perfil, su enorme grandeza misionera y apostólica. Quienes lo conocían saben bien de sus virtudes y cualidades extraordinarias. Creador de obras y formador de hombres, maestro de periodistas, fino intelectual y a la vez hombre de acción, arquetipo de seglar, ha sido el primero en la España del siglo XX que ha intentado transformar el catolicismo español en un catolicismo moderno, sin dejar por eso de ser tradicional. Angel Herrera supo renovar, con estilo hasta entonces inédito, una manera de ser católico, universal, proyectando sobre las añosas frondas del catolicismo nacional aires renovadores, optimistas y fecundos, que habrían de influir decisivamente, con el transcurso de los años, en la marcha de la historia espiritual, social y política de nuestra Patria.

Su tarea fue, sin duda, tremendamente eficaz, pero muy difícil. La magnitud de cualquiera de las obras por él creadas nos da la mejor medida de la personalidad de nuestro primer presidente. Bajo la presidencia de Angel Herrera, a lo largo de más de veinticinco años continuados, la Asociación Católica Nacional de Propagandistas escribió alguna de las páginas más bellas y positivas de su historia, transformándola en el eje central del resto de sus obras posteriores.

Servir a la Iglesia como la Iglesia deseaba ser servida y a la Patria como la Patria lo necesitaba fueron los grandes ideales de Angel Herrera —principios básicos de la A.C.N. de P.—, que supo realizar en la práctica perfectamente bien, en todo momento y circunstancias.

En esta época de fuertes tensiones espirituales, de confusionismo ideológico, de crisis espectaculares, los propagandistas debemos encontrar en la vida y en el pensamiento de nuestro segundo fundador una fuente inagotable de energía, segura y firme, que sirva de brújula e inspiración a la tarea inmensa que corresponde a la Asociación en el mundo actual. La existencia de Herrera Oria —propagandista, sacerdote, obispo y cardenal— constituye una perpetua renovación perfecta en Cristo. He aquí la herencia que nos deja, su testamento claro. Herencia que nos ofrece, como fruto en flor, un hombre nuevo, de vida interior fuerte, reciamente vivida, basada en el amor, en la Fe, en la confianza, en el sacrificio, en la soledad de espíritu, en la primacía de lo espiritual sobre todas las cosas, capaz de alumbrar una tierra nueva y un cielo nuevo.

Estemos, pues, alerta, vigilantes, intentando comprender lo que acontece a nuestro alrededor para darle una respuesta armónica y eficaz, tal y como él lo hubiera hecho, no con ánimo de plagio, sino de intuición superadora, de adivinación. Porque sus ideas, sus métodos, su acción, más que de ayer, son de hoy, de mañana, de siempre. Angel Herrera, aquel joven e intrépido propagandista, ha muerto. No volverá más. Aunque sabemos que su recuerdo y la esencia de su espíritu triunfante ya en el cielo, no nos abandonará nunca. Estamos seguros de ello. Por eso, en los días que vienen —si queremos ser fieles a su herencia—, tendremos que dar prueba de una determinación inalterable: ponemos constantemente a la altura de los tiempos que vivimos, renovarnos, con visión trascendente y de futuro, sin romper por ello con la tradición más limpia de nuestro pasado.

Corren tiempos de luto, pero también de alegre esperanza, de tiempos nuevos cargados de fecundidad, prometedores de larga y abundante cosecha.

SUMARIO

Editorial. Angel Herrera ha muerto...	1
El cardenal Herrera falleció en su residencia madrileña del Instituto Social «León XIII»	2
Carta del presidente. Muerte que trae nuevas ilusiones.....	3
Don Angel, ese hombre	4
Ideas de Angel Herrera en torno a los propagandistas y la A.C.N. de P.	5
Pensamiento político y social de Angel Herrera	8
Don Angel, visto por los propagandistas	11
Una vida fecunda	18

Isaac Peral, 58. Madrid-3

Imprime: S. A. E. Gráficas Espejo

Tomás Bretón, 51. Madrid-7

El cardenal Herrera falleció en su residencia madrileña del Instituto Social «León XIII»

Los restos de don Angel fueron inhumados en la Catedral de Málaga Hondo dolor en toda España y en el mundo por su muerte

Don Angel Herrera Oria, tras cerca de un mes de lucha con la muerte, falleció el domingo día 28 de julio, a las diez y media de la mañana, en su residencia madrileña del Instituto Social «León XIII», rodeado de familiares, amigos y colaboradores. Su muerte fue ejemplar y al mismo tiempo dulce. El cardenal se quedó dormido. Un leve ¡ay!, y entregó su alma a Dios.

A las doce y media, los restos del que durante tantos años ostentó la presidencia de la A.C.N. de P., embalsamados y en féretro de caoba con tapa de cristal, fueron colocados en la capilla ardiente del Instituto. El cadáver estaba revestido de pontifical. Bajaron en hombros al féretro, entre otros íntimos del cardenal, los propagandistas don Juan Sánchez Cortés, don Aquilino Morcillo y don José Luis Gutiérrez García, que fue depositado ante un pequeño túmulo. Ante él rezó un Padrenuestro el obispo de Málaga, monseñor Benavent.

PESAME DE TODA ESPAÑA

Inmediatamente después de producirse el óbito se personaron en el Instituto Social «León XIII» el presidente de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, don Abelardo Algora Marco; el ex ministro y propagandista don Joaquín Ruiz Jiménez; don José Sirvent, propagandista y presidente del I.N.I.; la Junta de Gobierno de la Editorial Católica. Poco después lo hizo el ministro de Información y Turismo, que tras testimoniar su pésame a familiares y allegados del finado, oró unos momentos ante el cadáver.

Entre la numerosa concurrencia figuraban personalidades de la vida política, intelectual, escritores, periodistas, artistas, representaciones de órdenes religiosas y del clero secular, profesores y alumnos del Instituto Social «León XIII», Escuela de Periodismo de la Iglesia, C.E.U., «San Pablo», «Pío XII», todos ellos creados bajo el impulso de don Angel Herrera.

Se recibieron infinidad de telegramas de pésame. El Santo Padre envió uno al presidente de la Conferencia Episcopal Española, cardenal Fernando Quiroga Palacios. El Papa aseguraba sus fervientes oraciones de sufragio por el descanso eterno de su dilecto hijo, que «tan fiel y generosamente sirvió y amó a la Iglesia, primero como ejemplar seglar y después como sacerdote y benemérito obispo, cuyas obras, sobre todo «los Propagandistas», «la Editorial Católica» y el Instituto Social «León XIII», constituyen su más rica herencia en el testimonio de su celo infatigable.» El Jefe del Estado dirigió igualmente un sentido telegrama, cuyo texto es el siguiente: «Hondamente impresionado al enterarme fallecimiento cardenal Herrera Oria, que en paz descanse, expreso a usted mi pésame, así como a los familiares y colaboradores insigne purpurado, que dejó entre nosotros imborrables huellas por sus acrisoladas virtudes cívicas y religiosas, puestas de manifiesto en una vida ejemplar, dedicadas al servicio de la Iglesia.» Figuraban también el del cardenal arzobispo de Tarragona, doctor don Fernando Quiroga Palacios; arzobispo de Barcelona, doctor don Marcelo González; obispos de Córdoba, Huelva y León; ministro de Obras Públicas, señor Silva Muñoz; ex ministro señor Girón de Velasco; don Fernando Martín Sánchez-Julí; alcalde de Málaga, etc., etc.

LEVANTAMIENTO DEL CADAVER

A las siete menos cuarto de la tarde se procedió al levantamiento del cadáver de don Angel Herrera. El ritual fue oficiado por el obispo capitular de Valencia, doctor González Moralejo. Siendo a continuación trasladado a hombros de amigos y colaboradores al furgón fúnebre. Se encontraban presentes en la ceremonia importantes personalidades de la Iglesia, Estado y Gobierno, el presidente de la Asociación y numeroso grupo de propagandistas.

Desde el Instituto Social «León XIII» el coche fúnebre se dirigió

al aeropuerto de Barajas, seguido de una caravana de automóviles, en la que iban las personalidades antes citadas.

El féretro fue transportado a un avión de la compañía Iberia tipo «Fokker-F», denominado «Río Tajo». Subieron al avión, para acompañar hasta Málaga el cadáver de don Angel, entre otras, los propagandistas don Abelardo Algora, don José María Sánchez de Muniaín, don Javier Martín Artajo, don Alberto Martín Artajo, don José Sirvent Dargent, don José María Otero Navascués, don Juan Sánchez-Cortés, don Luis Jádenes, don Alfonso Ibáñez de Aldecoa y don Mateo Vara. El avión, en vuelo especial, despegó de Barajas con dirección a Málaga, a donde llegó a las nueve y treinta de la noche.

Un inmenso gentío esperaba, en silencio. El ministro de Obras Públicas, señor Silva Muñoz, en representación del Jefe del Estado, recibió, al frente de autoridades locales y provinciales, los restos mortales del cardenal Herrera. Una compañía de Aviación rindió honores de capitán general al ilustre purpurado. Mientras, miles de malagueños rezaban a lo largo de nueve kilómetros de trayecto, que separan el aeropuerto de la ciudad, expresando así el homenaje callado y sincero de sus feligreses. Cerca de las diez y media de la noche, el cadáver del cardenal fue depositado en la nave central de la catedral malagueña, que permaneció abierta hasta el miércoles a las ocho de la noche, hora en que tuvo lugar un solemne funeral.

En la capilla de San Rafael, de la santa iglesia catedral de Málaga, fue depositado para siempre el féretro en que yacen sus restos mortales. En humilde sepulcro, como él lo deseaba. Una sencilla lápida con una sencilla inscripción: «Angel Cardenal Herrera Oria, obispo de Málaga, 19 de diciembre 1886-28 de julio 1968.»

Entretanto, una batería del Regimiento de Artillería de Granada disparaba las salvas de ordenanza de hora en hora, desde el amanecer hasta el momento del sepelio.

A las ocho en punto de la tarde llegó a la catedral don Federico Silva Muñoz, que representaba al Jefe del Estado Español, acompañado de altas personalidades del país, que pasó a ocupar el sitio de honor en el lado derecho del presbiterio. Junto al féretro se situaron el hermano del cardenal, don Francisco Herrera, acompañado de su esposa y sobrinos. Tras los familiares, las representaciones de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, presididas por don Abelardo Algora Marco; de la Editorial Católica, don Alberto Martín Artajo y don Máximo Cuervo; del Centro de Estudios Universitarios, don José Giménez Mellado; presidente de la Junta Nacional de Acción Católica; y del Instituto Social «León XIII».

Monseñor Benavent presidió la Misa concelebrada de funeral, en la que le acompañaron los obispos de Cádiz, Santander, Almería, Jaén, Guadix, auxiliar de Valencia, de Salamanca y auxiliar de Madrid, monseñor Romero de Lema, así como diecisiete sacerdotes de la Diócesis de Málaga. El doctor Benavent, después del Evangelio, pronunció una bellísima homilía.

Terminada la Santa Misa, y en medio de un profundo silencio lleno de emoción y lágrimas contenidas, diez sacerdotes diocesanos que fueron ordenados por monseñor Herrera Oria levantaron el féretro de las escaleras del presbiterio y lo llevaron procesionalmente hasta la capilla de San Rafael. Una sencilla y emocionada oración y unas palabras finales cerraron la solemne ceremonia: «A los que lloramos su ausencia —dijo el prelado—, Dios nos conforme en la Fe con el recuerdo de su ejemplo.»

Ramos de claveles, jazmines y coronas —entre ellas varias de la A.C.N. de P. y del C.E.U.— cubrieron el sepulcro de nuestro inolvidable presidente. España entera amaba a este hombre santo de cualidades realmente extraordinarias. No era sólo la Asociación. No sólo Málaga. No sólo España. No sólo de unos, sino de todos. Su vida, tan fecunda, estuvo siempre al servicio del hombre, de Dios. Jamás su ausencia será olvidada.

Dolor del Papa por la muerte de Angel Herrera

En el Vaticano la noticia del fallecimiento del cardenal Herrera produjo un hondo dolor, comenzando por el propio Papa Pablo VI, quien envió sendos telegramas de pésame al presidente de la Conferencia Episcopal Española y a los familiares del ilustre finado.

«L'Osservatore Romano» publicó una larga cronología con una foto del difunto purpurado. «La personalidad del ilustre y llorado purpura-

do estuvo caracterizada por la unión de los elementos eclesiales que gozan hoy particularmente de gran honor: el apostolado de los laicos y el ministerio pastoral. Su carrera se distingue —continúa más adelante— en el campo de la acción seglar, ocupando como católico militante puestos de relieve, tanto en la formación de la opinión pública como en las organizaciones civiles de inspiración cristiana.»

Muerte que trae nuevas ilusiones

Queridos propagandistas:

Mi carta trae crespones de luto. Hace unos días he acompañado hasta Málaga el cadáver de nuestro cardenal Herrera. He sido testigo del interminable desfile del pueblo. Asistí a los funerales y entierro. Presencé la lealtad de sus amigos. Y rogué al Señor por su alma.

Para nosotros, propagandistas, su muerte nos trae nuevas ilusiones. Con la tristeza de la despedida y el recuerdo del pasado renace la esperanza del futuro. Un pasado glorioso que nos obliga a un próximo cercano. Los propagandistas haremos bien en recordarle, en beber el fresco manantial de los primeros tiempos, en buscar la espiritualidad, el ideario, las orientaciones y métodos del primer presidente; en tomar todo lo que de fundamental se contenga en su herencia. Pero proyectándolo renovado al futuro, en permanente e incansable esfuerzo.

Es tarea que nos urge. Hay que conseguir una profunda renovación interior. Cambio de corazón y de mente. Definir nuestra línea de pensamiento y actualizarla. Mantener una viva espiritualidad. Hallar cauces para los cambios de dentro y de fuera. Mantener nuestra unidad. Fijar una constante postura de servicio a la Iglesia y a los demás. Pero de verdad. Planteándonos seriamente si somos o queremos ser de Cristo, dando ejemplo vivo de la unión íntima con la fuente de toda vida.

En estas cosas iba pensando cuando el cadáver de nuestro cardenal todavía se encontraba depositado en los escalones del Altar Mayor. Tenemos un nuevo valedor en el Cielo. Acudamos a él buscando su ejemplo y su auxilio.

Mente esclarecida, corazón generoso, siervo de Dios, nuestro primer presidente abandonó el mundo, acompañado de sus amigos, rodeado de oraciones, entre las flores y el cariño de su pueblo. Hizo mucho y lo hizo bien.

En estos momentos de dolor sólo me queda pedir que unáis vuestras oraciones a la mía.

OPINIONES

«Hombre de una claridad mental verdaderamente extraordinaria, siempre ha estado al pie del cañón de las más nobles causas, estirando sus fuerzas, hasta más allá de lo inverosímil, en servicio de la Iglesia, de España, del bien común, de la justicia.»

F. J. Martín Abril

«Herrera comenzó descubriéndoles a los católicos españoles un mediterráneo que ignoraban totalmente: la necesidad de escuchar, estudiar y difundir la palabra del Papa.»

J. M. Sánchez de Muniain

«Visitando El Escorial con un amigo, me preguntó: —¿Y quién hizo este monumento? —Herrera, le contesté. —¿El de «El Debate»? —No, por Dios, Juan Herrera, el arquitecto. Una pausa, y murmuró mi amigo: —Pues, mira, podía ser el otro.»

J. M. Pemán

«Don Angel Herrera era ya un sacerdote cuando aún iba vestido de americana.»

Vicente Gállego

«Angel Herrera fue no sólo un creador de extraordinarias empresas, sino un español lleno de fe en las virtudes y cualidades de su pueblo. La obra que realizó fue cantera de españoles para el servicio de la Patria. Pasó por el mundo con un constante gesto de comprensión, de tolerancia y de caridad ante las torpezas, los errores y las claudicaciones de las gentes. Hizo, en verdad, honor a su nombre. Porque lo humano que había en él quedaba

borrado por una especie de bondad angelica que fluía de toda su persona.»

Pedro Rocamora

«Fue la del cardenal Herrera una vida llena y ejemplar. Cuando el Señor quiso llamarlo al sacerdocio, tenía ya una larga historia de servicios eficacísimos a la Iglesia y a la sociedad, prestados con una tal clarividencia de las necesidades o conveniencias del presente, con una previsión tan certera del futuro y con una dedicación y entrega tan generosa, que puede calificarse de hombre extraordinario y ser propuesto como modelo de lo que un

laico, que pertenece consciente y consecuentemente al Pueblo de Dios, ha de hacer según sus propias cualidades y circunstancias.»

Después, sacerdote y obispo, continuó su incansable labor.»

Cardenal Quiroga Palacios

«La huella que Angel Herrera ha dejado en los hombres que han trabajado con él depende en mucho de la categoría de esos hombres. Pero, en todo caso, es una huella imborrable.»

Nicolás González Ruiz

AMPLIO ECO EN LA PRENSA DE TODO EL MUNDO Fue un campeón de la reforma social, dice el «New Times» Campeón de las clases trabajadoras «Times»

Toda la Prensa americana y europea recogió la noticia del fallecimiento del cardenal Herrera Oria.

El «New York Times», el «Washington Post», el «Baltimore Sun» y prácticamente todos los rotativos serios de Estados Unidos han glosado en sus columnas la personalidad humana, social y religiosa del ilustre purpurado español. «Campeón de las causas sociales», le llama el «Post». «Don Angel —decía el «Times» neoyorquino, empleando el nombre familiar con que era conocido en nuestro país— era una de las personalidades religiosas más influyentes en España. Fue un campeón de la reforma social y habló frecuentemente de la redistribución de la tierra y del mejoramiento de condiciones para los campesinos y trabajadores.»

El «Times» de Nueva York hizo una larga semblanza del cardenal, desde su época de Presidente de la Asociación y Director de «El Debate», hasta su elevación a la sagrada púrpura por Su Santidad Pablo VI en 1965. También el «Times» de Londres recogió la noticia y publicó un sendo artículo dedicado al fallecido cardenal. Califica a don Angel como campeón de las clases trabajadoras, poniendo de relieve la preocupación social que presidió siempre toda su actuación pastoral.

DON ANGEL, ESE HOMBRE

HOMBRE DE ORACION

Estando sano era ya una costumbre suya partir la noche en dos. Se acostaba, y hacia las cuatro de la mañana se volvía a levantar. Hacía un rato de oración y celebraba la misa de la Adoración Nocturna. Tomaba algo y se sentaba en un sofá para descansar un par de horas más. Era tal el dominio de su cuerpo que no tenía más que proponerse dormir o despertarse para conseguirlo inmediatamente. Cuando alguno de sus colaboradores íntimos mostró su extrañeza ante esta costumbre de partir la noche en dos, toda su contestación se redujo a lo siguiente: «Es una cosa muy práctica. Según los médicos el primer sueño es el mejor. Pues mira, así tiene uno dos primeros sueños...»

Cuando en los últimos días de su vida no podía ya rezar el breviario, hacía que le leyesen los salmos en castellano y jamás dejó de rezar el rosario. Los últimos días estaba constantemente con el rosario que le regaló el padre Peyton en la mano, en constante oración a la Virgen.

Era un enamorado de la oración nocturna. Se pasaba horas y horas de rodillas ante el sagrario, sin darse cuenta de que el tiempo transcurría. Su consagración episcopal estuvo a punto de no celebrarse. Dos médicos estuvieron a su lado constantemente. De tanto estar de rodillas en oración se le había inflamado la rótula. Había sufrido más de una operación en la rodilla, pero siempre tuvo una pequeña infección. Hasta tal punto que manchaba de sangre el cojín en que se arrodillaba. Gracias a un fuerte calmante que le fue administrado pudo permanecer relativamente bien durante la ceremonia de su consagración episcopal. Nadie se dio cuenta del enorme esfuerzo que el dominio del dolor le producía.

En 1959 falleció la reverenda madre general de las religiosas Carmelitas del Sagrado Corazón, que desde siempre le habían atendido. Cuando el sacerdote que había administrado la unción de los enfermos a la madre general volvió a palacio, después de que la religiosa ya había fallecido, quiso comunicar la triste noticia al señor obispo. Llamó a la puerta de su habitación y monseñor no contestaba. Entonces se le ocurrió entrar por el otro lado de la habitación, atravesando la capilla particular de don Angel Herrera. Su sorpresa fue enorme al encontrar a don Angel de rodillas delante del sagrario, ajeno a cuanto ocurría en torno a él, ensimismado en la oración. Eran las tres y media de la madrugada de un día cualquiera.

EL CARDENAL Y LA NEMOTECNIA

Herrera tenía gran pasión por la nemotecnia desde sus años juveniles. Para las oposiciones de abogado del Estado, en que nemotecnizó el Código Civil, sus apuntes y notas de toda clase están llenos de signos enigmáticos, dibujos, monigotes y figuras ininteligibles, que representan aquellas cosas de las que quería acordarse. Fueron singulares los signos nemotécnicos que trazó, especialmente para el aprendizaje del alemán y después durante su etapa de estudiante de Teología en Suiza. Ello justifica su extraordinaria memoria en todas las materias. Ultimamente era prodigiosa en las citas bíblicas y, en especial, en las paulinas. Un día dijo: «Cuando yo preparaba las oposiciones a abogado del Estado, me dieron un libro nemotécnico del doctor Mata con cien casillas. Y —agregó don Angel— ya tengo un sistema propio con más de diez mil.» ¡Lástima, pensamos, que no lo haya dejado escrito!

DON ANGEL Y LOS JOVENES

Comprendía perfectamente los anhelos y problemas de la juventud de nuestro tiempo. «Los problemas e inquietudes de los universitarios —decía— son cosas que han de resolverse por la comprensión mutua y el diálogo sincero.» Su gran preocupación en este sentido fue siempre la de la responsabilidad social de los universitarios. Deseaba que proyectasen su carrera hacia el pueblo y sus necesidades. Así se lo hacía saber a los colegiales del Pío XII siempre que le era posible. Su sentido comunitario y social era enorme. Ofreció siempre toda clase de facilidades para plantear en los colegios dependientes de su Obra una política de diálogo y de apertura, de respeto y de libertad, sin perder de vista en ningún momento la preocupación por las exigencias de la responsabilidad personal. Su gran afán era llevar a la juventud, sobre todo a los jóvenes propagandistas, un radical sentido social.

Cuando en sus últimos días llevaba cerca de quince días sin confesarse, dijo a sus colaboradores: «Hacedme el favor de llamar a mi confesor. Aunque... no sé qué le voy a decir... ¡Ah, sí! Ya sé. Que no me dejáis ni leer el Breviario. Pero tendré que imponeros la penitencia a vosotros.»

El médico rogó a sus colaboradores que vigilaran y evitaran las visitas al cardenal. «Voy a montar una guardia ante su puerta», le dijo el hermano de San Juan de Dios que le cuidaba. «Muy bien; pues sepa que todo guardia de un cardenal debe llevar un casco. Así que, o se pone un casco, o no puede montar guardia ante mi puerta.»

FIDELIDAD A SU LEMA

Su lema fue la dedicación a la predicación y a la oración. De la fidelidad a este lema es prueba la siguiente anécdota: El 31 de diciembre de 1952 murió un hermano suyo. Era sábado. Estaba en Málaga, y al día siguiente, como todos los domingos, tenía que predicar en la catedral. Cuando supo la noticia del fallecimiento de su hermano, decidió venir a Madrid. Ya en camino, por tierras de la Mancha, se dio cuenta de que era sábado, y dijo: «No debía haber hecho este viaje. Voy a faltar a mi deber de predicar mañana. Consolar a la viuda de mi hermano, ¿será motivo suficiente para dejar de predicar mañana en Málaga?» Dificilmente se le logró convencer.

CONTRARIO A LOS PRIVILEGIOS

Siendo obispo de Málaga, fue en una ocasión al Valle de los Caídos. Como es sabido, a la entrada hay que pagar. El conductor del automóvil se bajó y explicó al portero que se trataba del obispo de Málaga. Entonces el portero se excusó y dejaba el paso libre, cuando monseñor Herrera, asomando la cabeza por la ventanilla del coche, dijo: «De ninguna manera. Haz el favor de pagar la entrada, como hace todo el mundo.»

Tenía un automóvil con matrícula de Melilla, con lo cual no tenía que pagar por importación a Hacienda. Cuando supo que se trataba de una excepción, mandó enterarse de cuánto había que pagar ordinariamente y pagó a Hacienda. De ningún modo consentía en ser una excepción a las normas establecidas.

Su época de director de «El Debate»

PRIMO DE RIVERA DESISTE DE DEJAR EL GOBIERNO EN 1928

En 1928, don Miguel Primo de Rivera quiso dejar el Gobierno. Lo entregaba al conde de Guadalhorce y a Calvo Sotelo. Guadalhorce llamó a Herrera. Le pidió nombres para cargos. Herrera le dio algunos. Poco después don Angel era recibido por Primo de Rivera —Permitame—dijo al dictador—que le felicite por el último y mayor servicio que presta usted a España.

—¿Qué servicio?—le preguntó don Miguel.
—Tengo noticias de que piensa usted dejar el Gobierno y entregarlo a hombres civiles.
—Nada de eso—contestó Primo de Rivera—. ¿Ha visto usted lo que acaba de decir fulano (un político de la oposición) en Sevilla? A ese gallito yo le daré en la cresta. Primo de Rivera había cambiado de opinión. Las consecuencias no pudieron ser peores. La anécdota la contó el propio don Angel al autor de estas líneas.

«PARA MI, "EL DEBATE" ES UNA ESTACION DE FERROCARRIL»

De cómo ejercía su autoridad de director en el periódico da idea esta anécdota, que cuenta un testigo presencial: 1930. Un redactor de «El Debate» fue trasladado a la secretaria de dirección. Siempre entraba a las cuatro en punto de la tarde. Pero un día... Tuvo que ir al entierro de un amigo entrañable y se retrasó un cuarto de hora. Mala suerte. Ya le había llamado el director. Cuando éste advirtió que había llegado el redactor mencionado, llamó a su timbre. «Mira —dijo con serenidad—. El periódico es para mí como una estación de ferrocarril. Y tu tren me llega a las cuatro en punto y no a las cuatro y cuarto, que son ahora...»

VENDIENDO PERIODICOS

En una de las huelgas generales de la República, «El Debate» fue el único diario madrileño que salió a la calle. Angel Herrera estuvo toda la noche trabajando, hasta que el periódico estuvo terminado e impreso. Ya de día, escogió a un grupo de los más jóvenes redactores y les dijo: «Hay que vender ahora «El Debate». Venid conmigo.» Y a pie, atravesando el Madrid solitario, con un montón de periódicos cada uno, salieron deportivamente a vender.

Ideas de Angel Herrera en torno a los propagandistas y la A.C.N. de P.(*)

QUE PRETENDE LA A.C.N. DE P.

Dos palabras sobre el espíritu de la Asociación. El propósito del padre Angel Ayala fue crear una obra eminentemente religiosa. Hemos de ver en la Asociación una obra de Dios. He aquí lo que buscábamos, dirigidos por el padre Angel Ayala, al reunirnos una tarde de 1908.

El fin que se propone la A.C.N. de P. es formar hombres para que actúen públicamente.

Descubrir hombres, formarlos, protegerlos, situarlos en su puesto, relacionarlos entre sí, ha sido una misión característica de nuestra Asociación y la causa de sus éxitos, tanto en el orden puramente religioso como en el social, así en el intelectual como en el profesional y aun, fuera de la Asociación, en el campo de la vida pública.

La idea fundamental de la A.C.N. de P. es la agrupación y la coordinación de los elementos directores católicos de la nación.

Los fines de la Asociación son amplísimos, ya que, según el artículo primero de nuestro reglamento, abarcan toda la vida pública.

La A.C.N. de P. es la obra madre de todas las que ha ido constituyendo, y sólo por ella se sostienen muchas.

La A.C.N. de P., formadora de minorías selectas.—La A.C.N. de P. es una triple selección en orden a la piedad, a la cultura y a la acción. Se deberá requerir a los que deseen entrar en ella una vida sobrenatural notable, que se manifieste con la frecuencia de los Sacramentos, con la práctica anual de los ejercicios, etc. Del mismo modo, han de ser personas de vida intelectual y de cultura, o en caso de que por el medio social de que provengan los solicitantes no les hayan sido accesibles los estudios, por lo menos tengan claro talento y sepan aplicarle a las obras. En tercer término, deben ser hombres de acción por su palabra o por sus trabajos desde puestos en que se les pueda considerar como «organizadores».

El servir a un ideal exige muchas virtudes, la primera de las cuales es la fidelidad a ese ideal. La A.C.N. de P. forma a los hombres espiritual y temporalmente. La formación espiritual es la base y fundamento de todo. Los Pontífices y Prelados han dicho repetidas veces que esa piedra fundamental no es otra que la piedad. Esta se manifiesta por la obediencia y abnegación.

Yo consideraba estas cosas leyendo la vida de un santo varón de mi raza, a quien muchos quieren proponer hoy día como modelo de consiliarios y de hombres de Acción Católica: el beato Juan de Avila. ¡Qué bien organizaba aquel hombre su tiempo! ¡Qué tiempo tan prolongado a la oración y al estudio! Yo no quiero decir que todos sigáis paso a paso las huellas del santo. ¡Ah, pero que los santos son enviados por Dios para que sirvan de modelo, es innegable!

La administración del tiempo es de las cosas más difíciles y de las más descuidadas en la formación de los hombres modernos.

El Derecho público cristiano, la tradición y el mundo contemporáneo, tres elementos que ha de conocer bien el propagandista para actuar eficazmente en la vida pública.

La necesidad de claridad de principios se hace sentir con demasiada frecuencia. Estos principios hay que ir a buscarlos, no en los programas políticos, sino en las Encíclicas de los Papas. Con ello se evitarán graves peligros, sólo posibles cuando estos documentos papales no han entrado lo bastante en nuestro estudio.

Es necesario que se estudien a fondo las enseñanzas emanadas de los Pontífices.

El propagandista católico debe ser hombre antiguo por lo sólido y valiente de su formación religiosa, pero moderno por su adaptación a las necesidades y problemas del día.

Finalmente, han de ser hombres de su tiempo, aunque sin romper nunca la tradición.

Así como el hombre que no conoce la Patria en que ha nacido, mal puede trabajar en ella, el hombre que, en el buen sentido de la palabra, no se reconcilia con la época y con el siglo en que ha nacido, está completamente fracasado para la acción práctica.

Este reglamento tan pequeño tiene todo el espíritu de la Asociación. Si cumplimos los deberes religiosos y hacemos de la oración carne de nuestra carne, el porvenir de los propagandistas está asegurado. ¿Qué debemos hacer los propagandistas? Procurar ser fieles a nuestra vocación y acudir especialmente a la oración, no sólo privada, sino colectiva, y perseverar, como los primeros cristianos, «unánimes» en la oración.

Nuestro estudio ha de aspirar a conseguir ideas claras y adecuadas. Hay una dificultad grande para los Círculos de Estudios y para nosotros: que no nos basta con tener ideas claras en un orden puramente especulativo; la dificultad estriba en lograr tener ideas claras en un orden práctico.

Deben llegar hasta donde ustedes pueden a conclusiones prácticas, acomodadas a la realidad a que deben aplicarse.

La A.C.N. de P., coordinadora de seglares católicos dirigentes.—La Asociación de Propagandistas puede tener —varias veces lo he dicho— una misión providencial en cuanto puede contribuir a que vivan unidos los hombres llamados a los destinos más influyentes en la vida española. Pero unidos, no en el partido, no en la profesión, no en el sindicato, y mucho menos en la secta. Unidos en el espíritu de caridad y en la profesión de los mismos ideales, que es el alma de nuestra Asociación.

A medida que la Asociación se extienda más por los varios campos de las actividades humanas, donde las discrepancias en aspectos secundarios y en criterios prácticos existirán siempre, será más necesario estrechar la unión en el orden de los principios y en la comunión de una misma vida sobrenatural cada vez mejor comprendida, sentida y practicada. No está en otra parte el manantial de nuestras energías.

Estamos unidos por la unidad de espíritu. Esta basta, y a ella no se opone que en las materias opinables existan discrepancias.

Llegaremos a formar un pensamiento

colectivo, y ese será el momento de nuestra madurez.

Cada día hay más gente preparada, cada vez tenemos más elementos para influir sobre la opinión pública y, por consiguiente, para llegar a ser el pensamiento colectivo de las personas que están aquí consagradas, no diré el pensamiento del país, pero sí una de las mejores aportaciones que se pueden hacer al pensamiento nacional.

A las generaciones nuevas hay que dejarlas soñar, aceptando todo lo nuevo que represente acierto de visión en la intuición juvenil. Lo importante es enlazar a las generaciones. Que no vengan los jóvenes a barrer todo lo existente y a condenar y repudiar de plano todo lo actual.

Los jóvenes deben actuar también aquí en el Círculo; exponer sus puntos de vista, y creo que llegaremos a conclusiones orientadoras, no sólo para nosotros, como factor formativo, sino incluso para los hombres que hayan de gobernar.

Lo eficaz que sería la labor de los católicos si en el orden internacional hiciéramos lo que nuestra Asociación hace dentro de España.

Ella contribuirá a estrechar los vínculos entre los católicos de todos los países, porque se sentirán más cerca los unos de los otros cuanto más claramente perciban su filiación sobrenatural dentro de una sola Iglesia.

La A.C.N. de P., coordinadora de obras. La A.C.N. de P. aspira a coordinar esfuerzos, y una vez creadas las obras en cuyo nacimiento intervino, respeta su autonomía.

Amas, en fin, los unos a los otros con vínculos de caridad y amor a la A.C.N. de P. como obra fundamental, madre de nuestra vida espiritual y de la vida y unidad de las obras en que trabajáis.

Nuestra adhesión a la Santa Sede es nuestro oficio y carácter esencial. Somos una fuerza, hoy modesta, al servicio de la Iglesia católica, que desea actuar públicamente conforme a sus normas y a su espíritu y que está pronta a la defensa de sus derechos.

En todas las obras que hemos preparado nunca ha faltado esa buena voluntad, puesta de relieve en la adhesión a la Iglesia en su Jerarquía, al lado de la cual, al lado del Papa y de los obispos, hemos estado siempre.

Id buscando los mejores sacerdotes para consiliarios de la A.C.N. de P., si es posible salidos de las mismas filas de los propagandistas. Nosotros volveremos para servirlos como consiliarios.

LA ACTUACION APOSTOLICA DE LOS PROPAGANDISTAS

Los campos de actuación.—Simplemente con que los propagandistas dieran a cada uno lo suyo y buscasen el bien público en los cargos que desempeñen, habríamos asentado sobre bases sólidas el porvenir de España.

Llevamos todos una vida verdaderamente cristiana, no sólo cumpliendo los deberes religiosos, sino en todas partes, en la cátedra, en el periódico, en los puestos públicos, en el seno de la familia, predicando la ley, practicando la justicia; nada mejor para ganar voluntades indiferentes, para acercarnos a la Iglesia, para hacerlas ver que esa justicia es producto de la religión.

Hoy, más que nunca, lo mismo que en los primeros tiempos de su existencia, la Iglesia necesita, sobre todo, de testigos más que de apologistas; de testigos que con su vida hagan resplandecer el verdadero rostro de Jesucristo y de la Iglesia ante los ojos del mundo paganizado que les rodea.

La actuación en la vida pública.—A la vista está que la Asociación de Propagandistas, con su fuerza y prestigio indis-

(*) Estas ideas constituyen un resumen de las contenidas en la colección de boletines de la Asociación.

cutibles, debe intentarlo todo, proponerlo todo, después de un serio estudio.

Acción que se traduzca en beneficios tangibles para el pueblo. En beneficios que él está esperando.

Acción, acción, queridos compañeros. Obras, realidades, instituciones, es la consigna del momento. Bajad de los principios a las conclusiones prácticas, al problema realizable. Descended aún más, convertid vuestras ideas en hechos. Eso pide vuestra historia. Eso reclama imperiosamente la necesidad del momento.

Los tiempos actuales exigen que los propagandistas salgamos al exterior y afrontemos los grandes problemas de la sociedad.

Aplíquese cada cual, con abnegado esfuerzo, a cultivar la parcela que tiene señalada en el campo inmenso que se ofrece a las actividades apostólicas de la Asociación de Propagandistas.

No se trata ahora de llevar a cabo una labor brillante; vamos a trabajar en un trabajo oscuro, penoso, peligroso quizá, pero es necesario hacerlo.

Censuro las improvisaciones en la acción y preconizo la necesidad de no lanzarse a la ejecución sin haber concebido perfectamente. Lentitud en el concebir, rapidez en la ejecución.

No trabajemos para el momento, sino para el futuro, para nosotros mismos dentro de diez años.

Si nosotros intervenimos en la Juventud Católica lo hacemos por encargo del Cardenal Primado, quien confió a propagandistas el Secretariado Nacional para que realizasen los primeros trabajos de organización. De suerte que nuestra intervención es transitoria y cesará en el momento en que la Juventud Católica esté constituida, porque entonces elegirá de abajo arriba sus órganos directivos.

Hace dos años sentíamos nosotros las mismas vacilaciones, dudas y temores que asaltan ahora a los demás. Hemos, pues, de ser tolerantes y comprensivos con los errores ajenos, esperando que han de desvanecerse, como sucedió con nosotros, y desaparecerán mediante la acción.

CRITERIOS PARA ACTUAR EN LA VIDA POLITICA

Orientaciones a los secretarios.—Los propagandistas podrán pertenecer a cualquier partido político, pero deben conservar su libertad de acción y de voto en la forma señalada en las normas de la Santa Sede a los católicos españoles.

1.^a Hoy más que nunca es obligatoria la actuación en la vida pública. Los sucesos presentes hacen más viva la perenne actualidad de la frase de Pío X: «A nadie es lícito permanecer ocioso ante el peligro común de la religión de la Patria.»

2.^a Importa no abandonar ni dejar en lugar tan secundario que prácticamente se omitan los principios y normas que deben inspirar la actuación de los católicos.

La Asociación es apartidista.—La Asociación, sin mezclarse en política, debe ir delante de la política.

No debemos descender al campo de la contienda partidista del día.

La Asociación Católica Nacional de Propagandistas actúa prácticamente, pero sin pensar como tal Asociación en el campo político, en el que, sin embargo, pueden actuar individualmente sus miembros de acuerdo con sus convicciones.

Respecto a la actuación política, el presidente recuerda el artículo 11 del reglamento de la A.C.N. de P. El da la norma. La Asociación no puede intervenir en política. Los propagandistas individualmente, sí.

Ante todo, debemos recordar que la A.C.N. de P., como tal, no interviene en ninguna campaña política. Sus directores, como tales, tampoco intervienen ni pue-

den intervenir en semejante campaña. El fin de nuestra Asociación es suprapolítico, exclusivamente católico.

Apartamiento de la Asociación del campo político. Ya está consignado en el reglamento y en las conclusiones de las Asambleas: pero hay que ser severos en la aplicación. Acaso convenga una conclusión insistiendo en el apoliticismo, encomendando al Consejo que sea sumamente riguroso en la aplicación del reglamento, restringiendo los casos excepcionales en que pueda autorizarse que personas que tengan puestos directivos en la Asociación, desempeñen al mismo tiempo cargos públicos.

Nuestra posición siempre, pero ahora más que nunca, debe ser de apoyo a los que tienen la dura misión de mantener el orden político y de velar por la paz social. Difundamos un ambiente favorable a la obra del Gobierno, del Ejército, de los Tribunales, de todo representante, en fin, de la pública autoridad. Lo contrario es practicar una forma de anarquismo que quebranta el poder público en los momentos que es más necesaria toda su energía para oponerse a una revolución formidable.

DERECHO Y DEBER DE ACTUACION PUBLICA DE LOS PROPAGANDISTAS EN CUANTO CIUDADANOS

Los jóvenes no deben intervenir en los asuntos políticos sino después de haber adquirido una sólida formación.

Ni los estudiantes ni los que están preparando una oposición o tiene la carrera recién terminada, ni tampoco los que están muy encauzados en una determinada preparación que la política podría cortar, deben dedicarse a ésta.

Para los que tengan resuelta su posición económica y social, y sientan claramente la vocación política, es un deber no desoir esta vocación.

Es muy conveniente que los jóvenes no entren demasiado pronto en la política, que, lejos de formar, deforma. La preparación más recomendable a los jóvenes es la que pueden hallar en los centros sociales, entre los obreros, cuyas necesidades y espíritu es necesario que conozcan para que un día puedan dirigirlos acertadamente.

Hay que ir a la vida pública y ocupar sobre todo los puestos técnicos, así en enseñanza como en otros campos, porque los ministros y directores generales siguen la opinión de los técnicos.

Como norma, debemos intervenir en las instituciones oficiales. La abstención tampoco es simpática del poder público.

Quisiera que nos esforzásemos todos en ser fieles especialmente a dos normas que figuran en el acto de la Consagración. La primera es «ajustar la acción pública a las normas y al espíritu de la Iglesia.» Estas son de justicia y caridad; mas para los que actúan en la vida pública, son normas principalmente de justicia.

En tercer lugar, habéis de demostrar vuestro amor al pueblo, de modo que al entrar en la vida pública os distingáis con una política popular encaminada a elevar el bienestar del pueblo. Sin suscitar odios, sino dentro de la armonía de las clases, debéis trabajar para que la riqueza, el poderío y todo lo que supone el Estado redunde en beneficio de las clases más necesitadas, y debéis contribuir a acortar las distancias, que en España existen como en pocos países, entre los altos y los humildes, entre la riqueza y la miseria.

Que el día de mañana los políticos puedan tener en nuestros estudios una norma, una orientación. Ya sabemos que no han de seguirlo con toda fidelidad, porque después de señalar el ideal, la realidad ha de decidir lo que es posible llevar a la práctica.

Esta es la primera de las tres consideraciones que quería hacer a los propagandistas que van a entrar de lleno en la vida

pública, que mantengáis el espíritu sobrenatural, que defendáis la causa de la Iglesia con vigor y decisión, pero también con prudencia y cautela. Sin precipitar los acontecimientos, no yendo más allá de lo que la Iglesia quiere en cada momento.

El presidente ha cuidado de deshacer el error de los que creen que la política es más interesante que la actuación social, porque todo lo que con ésta puede lograrse, a costa de muchos trabajos y sacrificios, un ministro, con un Real Decreto, tiene fuerza para deshacerlo.

La experiencia demuestra que esto no es cierto. Hemos visto desaparecer lo político y, por el contrario, sobrenadar lo social.

El error más grave que podríamos cometer es tratar de constituir instituciones políticas sin preocuparnos de crear instituciones sociales.

Las instituciones sociales no las puede crear el Estado. Las instituciones sociales son obras de formación lenta, y han de fundarse con ideas claras. En resumen, buscar el apoyo del Estado es sangrar al Estado.

LA UNIVERSIDAD Y LOS OBREROS

Se impone la formación de una asociación de intelectuales católicos que uniese a los hombres de acción y a los de estudio, hoy muy distanciados, con perjuicio para unos y otros.

Acción sobre la masa obrera. Hay una doble acción: la primera, inmediata y directa; la segunda a más largo plazo. La primera es urgentísima; la segunda admite espera. La primera es de organización y encauzamiento de la multitud, tal como hoy se encuentra; la segunda, de formación de directores para conseguir el día de mañana una organización definitiva y más perfecta del estado llano.

Una escuela de propagandistas obreros sería lo mejor para el futuro de la acción obrera. Mientras no tengamos propagandistas bien formados, no podremos contar con sólidas organizaciones obreras.

Como los directores sindicales no sean verdaderamente apostólicos no llegarán nunca al corazón de las masas ni provocarán esos grandes movimientos avasalladores que son capaces de dar una dirección nueva a la vida de todo un pueblo.

La unión de los obreros debe ser cosa de los obreros y no de los intelectuales. Deben hacerla los obreros, y los demás podemos cooperar a ella. Sería contraproducente para los obreros una intervención ajena en materia que a ellos incumbe. Por consiguiente, la Asociación de Propagandistas tiene que limitar su concurso a mirar con simpatía esos intentos de unión, pero de ahí no puede pasar. El caso de una cuestión sindical que adquiera carácter público es distinto y permite campañas orales y de prensa en apoyo de los sindicatos obreros.

En el espíritu sindicalista de estos tiempos hay un gran peligro, ya que el sindicalismo fomenta la lucha de clases, que es esencialmente egoísta.

Yo no conceptúo los sindicatos como un ideal de la civilización cristiana.

La sindicación cristiana es posible que algún día no sea necesaria; mas hoy no se puede prescindir de ella.

Quiere, pues, decirse sin perjuicio de que a los sindicatos que hayan delinquido se les aplique la ley, nosotros, dándanos cuenta de que hay un grave problema social, no de carácter político, en los movimientos socialistas, nos apliquemos con ahínco y con fervor a ganar la conciencia del proletariado para constituir, con un nuevo tipo de obreros, un nuevo tipo de asociaciones sindicales.

Los propagandistas no vamos a organizar sindicatos, ni a señalar su tipo, ni menos a dirigirlos. Nuestra misión es de concurso. Estudiar lo que puede hacerse

en cada sitio; ponernos en contacto con las personas llamadas a dirigir obras sindicales y ofrecerles nuestro concurso.

¿Qué fue la A.C.N. de P. y qué es, puesto que ha conservado siempre su naturaleza?

Difícil es definirla. Es una institución singular. No creo que tenga pareja en otras naciones.

A la vaguedad genérica del título, propagandistas, responde la imprecisión del reglamento. El fin de la Asociación es la propaganda en el campo social y en el político. La misma imprecisión al designar los medios pudo hacer creer a no pocos que el padre Ayala intentaba hacer un auténtico partido político más. Y no lo fue. Ni lo será nunca. Porque, si lo fuera, dejaría de ser en el acto la Asociación de Propagandistas.

Por su naturaleza, es una institución religiosa. Fue en su tiempo un anticipo de la Acción Católica moderna. El cardenal Vico se sirvió del P. Ayala, quien dio a la futura Acción Católica una forma singular en la Asociación de Propagandistas, en la cual estaba en germen la futura Acción Católica oficial.

El hecho que acabo de recordar, la imprecisión en estas gradas de las primeras insignias por el representante del Papa, prueban ciertamente que la Asociación era, ante todo y sobre todo, de naturaleza religiosa.

Sin ser partido político, ha realizado en el campo de la vida pública una labor fecundísima a través de sus cincuenta años.

No fue un partido, pero fue aglutinante de partidos.

No fue un partido, pero mantuvo en la vida pública los principios fundamentales de una sabia política, que encarnó en las nuevas generaciones y que acabó por cristalizar, ya fuera de la Asociación, en partidos políticos.

Y si, en momentos difíciles para la Patria, de la Asociación surgieron movimientos políticos que se organizaron como partidos, desde el instante mismo en que éstos se constituyeron quedaron desligados de la Asociación. Y los propagandistas que en ellos actuaron obraron con plena libertad y por cuenta propia y con responsabilidad personal.

Además, hubo siempre propagandistas en distintos partidos políticos, lo cual prueba hasta qué punto, fiel a su naturaleza religiosa, la Asociación se conservó fuera y por encima de los partidos.

EN TODOS LOS CAMPOS

Cumplidora del amplísimo e ilimitado programa de su reglamento, la Asociación estuvo presente en todos los campos de la propaganda. Ante todo, es claro, en el de la Acción Católica oficial organizada. Injertadas están en el tronco de la Asociación las primeras ramas de la juventud católica oficial. En los días de la República, difíciles para la Iglesia, el presidente de la Asociación pasó a serlo de la Junta Central, y tres cuartas partes de la Junta Nacional de la Acción Católica estaban formadas por propagandistas.

Manifiesto es que, en tiempos posteriores, los propagandistas han seguido ocupando los principales puestos en la Acción Católica.

Ni es extraño, puesto que la obra ofrecía muchos hombres de valía, experimentados y activos, y, por otra parte, la Asociación, como tal, fue siempre fidelísima en toda España a las orientaciones de la jerarquía.

Aquella actividad juvenil invadió todos los campos. Y el primero, el de la prensa, como es bien manifiesto, porque fue cofundadora, y de suyo fundadora, de La Editorial Católica.

Después, el de la enseñanza en todos los grados.

Y después la conquista en campo abierto, por oposición, de tantas cátedras en todo el país...

Acudió la Asociación al campo social. Dio un impulso extraordinario a la tarea de las generaciones anteriores que nos habían precedido en la aplicación de la doctrina social de la Iglesia.

Fue en sus días el instrumento más eficaz y amplio de propaganda del pensamiento pontificio.

Hizo de su periódico en Madrid el órgano de todo movimiento social, ya en el orden intelectual, representado por la democracia cristiana, cuyo jefe, don Severino Aznar, será siempre nombrado con gratitud por los propagandistas; ya en el orden práctico, sobre todo en las organizaciones católico-agrarias. Ella fue la principal impulsora de la Confederación Nacional Católico-Agraria.

¿Será preciso recordar que en la vida pública nacional ofreció el más desinteresado de los concursos a todos los gobiernos que han representado en España el bien común?

Concurso de sus periódicos. Concurso de sus hombres. Diez propagandistas han desempeñado carteras ministeriales.

DIAS DIFICILES

Una vida tan intensa y tan extensa, vida de lucha cotidiana en un país agitado por tantas reacciones, en medios tan difíciles por la tremenda confusión que había en las ideas, por necesidad tuvo que despertar recelos, aun en los hombres de mejor voluntad. La nueva forma era incomprendida. Las audacias, a veces temerarias, de aquel espíritu juvenil chocaban con la pasividad excesiva, con la prudencia y cautela exageradas de los que estaban entonces al frente del movimiento católico. La creencia, en fin, de que en el fondo no había más que un movimiento político, acreció las dificultades y multiplicó los adversarios.

Hubo días verdaderamente difíciles, en los que se colocaron francamente enfrente de la Asociación incluso algunos de aquellos a quienes la Asociación quería servir con todas sus fuerzas.

Mas la providencia de Dios nunca falta a los hombres de buena voluntad cuando no se acobardan y continúan la lucha puesta la vista en lo alto.

La Asociación tuvo el honor de gozar de la plena confianza y de la franca defensa de las figuras más excelsas de la Iglesia.

LA ASOCIACION HOY ES LA MISMA

Clavada la vista en la posición actual de la Asociación. Es exactamente la misma de 1909. No se ha desnaturalizado en lo más mínimo. Ni ha sido un partido político ni ha dejado de influir en la política nacional. No es una organización sindical y no ha dejado de influir poderosamente en la marcha de las ideas y de las organizaciones sociales en España.

No es propiamente una rama de Acción Católica. Pero no hay ninguna institución de Acción Católica que haya servido con más fidelidad a la Jerarquía que la Asociación de Propagandistas.

Ha pasado momentos difíciles. Ha triunfado de la prueba del fuego y del hierro. No ha suspendido nunca su actuación. Se ha adaptado maravillosamente a las circunstancias. Y, si permitis la expresión, el cuajo o fundamento o raigambre de la obra lo prueba en que en los días de cerradísimo nublado en la vida pública nacional, cuando tantas instituciones religiosas, o políticas, o sociales fueron arrancadas por el ímpetu del furor revolucionario, la Asociación no sólo permaneció incólume, sino que avanzó hasta colocarse en primera línea, ocu-

pando muchos de los puestos que estaban vacíos, vitalizando el espíritu nacional y siendo el nervio de las nuevas instituciones que en el Parlamento, en la calle y en la prensa se creaban para oponerse a los avances sectarios de la República.

Hoy está la Asociación donde estaba, y yo os diría que es la institución del momento. Lo debe ser, precisamente por la sabia flexibilidad y adaptación de sus fines y de sus organizaciones.

Hoy menos que nunca se puede pensar en que la Asociación sea un partido político.

Pero sí lo es oportuno para decir que partido político, ni lo fue nunca ni lo será nunca la Asociación.

Inmenso será el bien que la Asociación haga a España si es fiel a sus consignas.

La Asociación es un espíritu. Ante todo y sobre todo, un espíritu, que ha encarnado en las más variadas instituciones públicas.

Será gloriosa su historia, y fecundísima, si conserva creciente e intensifica su vida espiritual.

Terminemos, pues, este elogio recordándonos en la zona estrictamente religiosa y desarrollando el pensamiento del ilustre fundador, cuyo cadáver tenemos presente.

Vivid renovadas las viejas consignas de la Asociación.

RENOVACION DEL ESPIRITU

¿Dónde hallarlas? En la oración que el padre compuso y que yo leí aquí por primera vez delante de Jesús Sacramentado antes de recibirlo de manos del cardenal Vico.

Recojo de esa oración algunos conceptos, que el tiempo no me permite desarrollarlos todos.

El primero, el de la abnegación. Abnegación individual, abnegación colectiva.

La Asociación no se creó para buscar su propio provecho ni el provecho de los propagandistas.

Necesario es que resplandezca bien el desinterés con que sirve la causa de Jesucristo.

Ejemplos insignes tenéis en la Asociación.

Algunos de los propagandistas actuales pudieron haber obtenido mayores lucros en el orden temporal si hubieran entrado en la vida pública buscándose a sí mismos. Seguid ese ejemplo.

Mantened el espíritu de unión.

Cabe la discrepancia en las opiniones con la perfecta unión de las voluntades.

El ideal es un solo pensar, un solo querer, un solo obrar.

Mas el tener distinto criterio en las cosas opinables, y más en el orden práctico, es perfectamente compatible con el espíritu de caridad entre las personas.

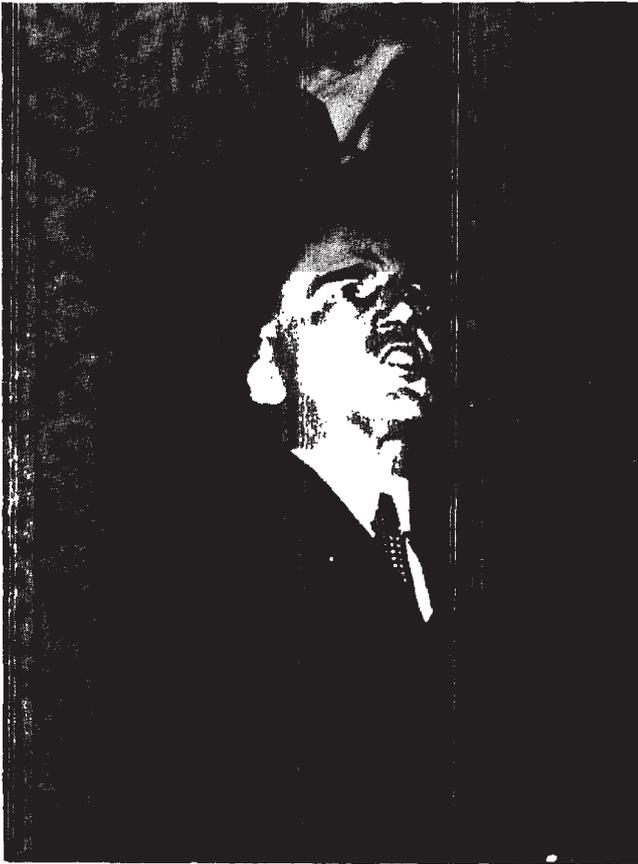
Antes de desarrollar los dos puntos más fundamentales, quiero recordaros que la Asociación está consagrada a la Santísima Virgen y que en ella, desde el principio, se mantuvo por precepto reglamentario una especial devoción colectiva al santo rosario. Guardando lo preceptuado, los propagandistas rezábamos siempre antes de los actos públicos el rosario a la Santísima Virgen.

El mundo moderno pide hombres amantes de la soledad y del retiro, tanto en un orden natural como en un orden sobrenatural.

La acción se ordena y se multiplica en su eficacia cuando va precedida de la deliberación.

Ya se entiende que, cuando la empresa es de carácter religioso, es preciso solicitar las luces constantes y la fortaleza del Espíritu Santo por medio del retiro y la oración.

Pensamiento político y social de Angel Herrera



Enero 1934. Todavía era presidente; Angel Herrera en Valencia, en uno de sus discursos

Lo que falta en España

FALTA UNA CONCIENCIA SOCIAL.—«La falta de espíritu social es una de las cualidades que más se dejan sentir en España. España tiene muchos hombres de valía, pero le falta espíritu social para saber aprovecharlos.»

«No están en España las virtudes sociales a la altura de las virtudes individuales.»

«España es una nación políticamente débil, ya que carece de ideas e instituciones, así como de hombres políticamente formados. La Monarquía es la única institución política firme entre nosotros.»

«En España poco podemos esperar de las instituciones, porque el espíritu de los nuevos tiempos las ha desgastado y la revolución las ha destruido. Me refiero tanto a instituciones sociales como a instituciones políticas.»

FALTAN HOMBRES PREPARADOS PARA DIRIGIR INSTITUCIONES.—Nuestra época se caracteriza por la falta de hombres preparados para dirigir las distintas obras católicas, sociales y aun políticas.

NO SE HA PREDICADO CON DECISION Y ENERGIA EL EVANGELIO SOCIAL.—No se ha predicado con decisión y reiteradamente el Evangelio Social, y a veces se ha expuesto fragmentariamente, tomando de los textos de los Pontífices lo que más conviene al interés de una parcialidad, en forma, por así decirlo, hiriente más que convincente o aleccionadora; en forma más propia para repeler y alejar que para atraer y ganar a los hombres.

El hecho de que tenemos las manos libres no hagamos los católicos una política de justicia social, tiene que dar al pueblo la sensación de que sólo acudimos en su defensa cuando sus organizaciones sólo suponen para nosotros una amenaza.

La sociedad, fría, distraída o mal aconsejada, pone escasos medios en manos de los defensores del orden y de la paz.

Hace falta menos espíritu de crítica y más espíritu de colaboración que nos mueva a elogiar y apoyar cuanto de bueno se haga.

No se ve la colaboración clara, entusiasta, decidida, del elemento católico que prepare el camino de las reformas sociales.

FORMACION PROFUNDA DE MINORIAS SELECTAS.—Lo que importa es constituir los cuadros de la organización que recojan esas grandes masas dispersas y deseosas de actuar en católico.

(*) Resumen de Boletines de la A.C.N. de P. y de «Obras selectas de Mons. Herrera», de la B.A.C.

Hay que preparar hombres, debiendo tenderse por ahora a formar minorías selectas más bien que grandes masas. Hay que ahondar primero en la formación interna, para que después se pueda actuar con eficacia en la vida exterior.

Todo o la mayor parte hay que esperararlo de los hombres. No de un hombre, sino de los hombres. No de un jefe, sino de una minoría selecta, que es el único modo de poder dar estabilidad y contenido a los órganos de derecho público.

Lo que falta no es el dinero, sino hombres. Yo siempre he dicho que para las obras no había que preocuparse del dinero, sino de tener hombres bien dotados para llevarlas a cabo.

Pocas cosas hacen falta como una minoría selecta, unida por un pensamiento claro y común sobre puntos fundamentales.

Lo que urge es formar esas minorías que, teniendo hambre y sed de justicia en el corazón y mente moderna, iluminada por la doctrina de la Iglesia y por el conocimiento suficiente de la ciencia social, difundan con decisión y valor, con santa libertad evangélica, ante el pueblo, un programa positivo y concreto donde puedan coincidir las innumerables fuerzas que desean en España sinceramente la implantación de un orden social cristiano.

GOBIERNO Y REGIMEN.—La idea de gobierno es mucho más universal que la idea de régimen. En su aceptación más pura y elevada es aplicable a todos los seres capaces de recibir una cierta unidad colectiva. Gobernar es, en esencia, una manera de unificar. De reducir lo vario a uno. Gobernar es crear y mantener un orden, establecer una sabia relación entre los seres gobernados.

El valor de la unidad como fin del gobierno es lo que importa acentuar. El ciudadano moderno siente más la idea de la libertad individual. Justo es defenderla; más, incluso para defenderla, hay que salvar antes la unidad colectiva, fin primario del gobierno. En otras palabras: hay que salvar el orden. El orden público, lo primero, y después, el orden jurídico y el social.

EL MEJOR REGIMEN.—La idea de régimen es mucho más circunscrita que la de gobierno. Por régimen se entiende la forma jurídica que adoptan las naciones para gobernarse. La palabra régimen tiene un valor humano e histórico.

Santo Tomás reduce a tres los tipos posibles de regímenes políticos: monarquía, aristocracia y democracia. Gobierno de uno; gobierno de pocos; gobierno de muchos, moralmente de todos.

Santo Tomás examina agudamente el valor de cada una de estas tres formas según su principio formal, y concluye, como ley general aplicable a todo pueblo y en todas las épocas, que el mejor régimen es el mixto, es decir, aquel en que entran elementos de la monarquía, de la aristocracia y de la democracia.

Tal fue, dice, la forma de gobierno del pueblo escogido.

CARACTERISTICAS Y VALOR.—Cada forma aporta un bien específico a la colectividad. La monarquía garantiza la unidad social. La aristocracia, la virtud y la competencia del gobierno. La democracia, la libertad del pueblo, la satisfacción interior y la adhesión al régimen.

VALOR DE LA DEMOCRACIA.—El principio formal de la democracia es la libertad, el bien mayor del hombre. Hoy diríamos que salva la dignidad personal del ciudadano. Por la democracia, el súbdito se eleva a la ciudadanía.

LA SUMISION AL PODER.—Poderes constituidos «de hecho» quiere decir gobiernos que tengan garantías de permanencia. No basta, en las épocas turbias de cambio de regímenes, el que una facción o un grupo se haya apoderado del poder para decir que hay un nuevo Gobierno constituido de hecho. El Papa exige que el nuevo orden de cosas esté moralmente consolidado.

EVOLUCION Y REVOLUCION.—La evolución es el sistema de los hombres y de los pueblos experimentados y maduros, sabios y virtuosos.

Las grandes colectividades maestras de las naciones han seguido en su historia un procedimiento evolutivo. Evolutiva fue Roma y evolutiva sigue siendo la constitución interna de Inglaterra y, por encima de todas ellas, evolutivo ha sido el sistema de la Iglesia católica, que, aun en lo humano, es el primer dechado de prudencia política.

EVOLUCION Y NO REVOLUCION.—La revolución es el arma de los pueblos niños, inexpertos; de los ciudadanos impacientes y temerarios, cuando no de los malvados.

La evolución es el procedimiento de los pueblos virtuosos, sabios y maduros.

Vencedora la revolución, hay que comenzar de nuevo a construir. Y la primera tarea, y no fácil, es el desescombro de las ruinas amontonadas. La segunda es procurar la pacificación de los ánimos y la reconciliación entre los ciudadanos; restañar las heridas abiertas por la revolución.

Los que tratan de destruir un estado social desde sus cimientos porque no es perfecto, no advierten los valores positivos reales perdidos con las instituciones arrasadas.

Descubrir los males existentes, remediarlos en lo posible, intensificar los bienes reales, completar y acercar el consorcio a un tipo ideal, es lo que se llama sabiduría política.

LA LEGITIMA DEFENSA.—Yo no pido fáciles acomodamientos, ni protestas formularias, ni abstenciones cobardes, cuando no criminales. No. Ni eso, ni el excitar, ni el irritar, ni el azuzar vanamente al pueblo. Prediquemos el sacrificio, el valor, la verdadera fortaleza. La fortaleza que no es la intemperancia, ni la violencia, ni la audacia, ni la explosión iracunda. La fortaleza que sabe resistir a pie firme cuando llegan las horas difíciles y sin gloria de la persecución, y aminora así el mal, que no ha podido evitar por completo; que se organiza, robustece, renace en silencio y esperanza, para acometer —en sentido moral y legal hablo— cuando es llegado el día de iniciar la reconquista.

EL DEBER DE LOS QUE MANDAN.—Hay ciertos momentos en los cuales, por las causas que sean, se rompe el orden social de un país. Sobreviene un período de turbación, de confusión y de anarquía. Entonces la sociedad, acudiendo a una necesidad social, crea el nuevo poder que necesita. Sólo entonces recobra la sociedad aquellos dos primeros bienes indispensables, sin los cuales no existen, ni pueden haber otros bienes: la unidad y la paz. La unidad y la paz, que se resumen en una sola palabra: autoridad. Por eso, la autoridad que se crea representa y beneficia a todo el consorcio civil.

UNIDAD.—No hagáis tal, por Dios; no planteéis el problema de república o monarquía, porque eso es la división. Dejad ahora la forma de gobierno; no tengáis prisa por declararos monárquicos o republicanos. Cada cual piense lo que quiera en lo secundario. Lo principal son España y la Iglesia, atacadas a fondo por el socialismo, al servicio de las logias. Si os declaráis monárquicos o republicanos, vendrá primero la división del bloque, y, después, como consecuencia inevitable, la guerra civil entre nosotros.

Sería un crimen; seríamos responsables ante las generaciones venideras, ante el mundo entero, si ahora que estamos perfectamente unidos en la defensa de los grandes principios y tenemos marcado nuestro programa por nuestra tradición, ¿qué digo por nuestra tradición?, por los ataques mismos del contrario, nosotros levantáramos una bandera que fuera la división, la guerra intestina, la ruina y la muerte de nuestros ideales.

UNA CONSTITUCION MUERTA.—Nuestras Constituyentes han tomado como modelo las primeras Constituciones de la postguerra; Constituciones escritas bajo el influjo de la avasalladora reacción democrática que sucedió a cuatro años de dictadura militar; Constituciones, la mayoría redactadas por teóricos inexpertos, no por políticos prácticos. La experiencia ha demostrado que tales códigos eran inaplicables aun en pueblos más educados que nosotros en la democracia.

España no es un país preparado para la democracia radical, y tendrá que seguir ineludiblemente uno de estos dos caminos: o reformar rápida y radicalmente la Constitución o vivir como ya vivimos hoy, desde el primer día, al margen de ella; utilizando... lo que sea: una ley de defensa de la república, unos poderes excepcionales, una dictadura disfrazada o una dictadura a cara descubierta, lo que se pueda en cada caso, para salvar aquella cantidad de autoridad indispensable para la vida ordenada de un pueblo.

Es elemental, señores, que los poderes políticos tienen que responder a los poderes sociales. Cuando los poderes políticos son expresión y forma jurídica de los poderes sociales, la Constitución es fuerte. Cuando no, la Constitución y el Estado carecen de vigor.

FORTALEZA.—Yo que os he predicado el acatamiento, os predico también la fortaleza. La fortaleza, que es sacrificio. La fortaleza, que más que en el acometer se descubre muchas veces en el resistir. La fortaleza, que significa el supeditar lo personal y propio a lo que tiene carácter general. La fortaleza, que es disciplina y acatamiento a los jefes; que es, aún más, constancia y perseverancia hasta el fin. No restéis prestigio, ni disminuyáis el margen ilimitado de confianza que hoy necesitan los que dirigen las fuerzas de la derecha. No regateéis el sacrificio económico. No olvidéis que hay que dar en España más de lo que se da para toda empresa de carácter colectivo. Hay que reducir muchas veces de las rentas, de esas rentas que se consideran necesarias y que, sin embargo, se emplean en gastos superfluos; gastos superfluos que esta sociedad muelle, enferma, decadente, paganizada, ha convertido en cosas necesarias.

La derecha española debe seguir el tipo de los grandes partidos católicos europeos. Debe ser católica; tradicional, recogiendo todo lo que tiene de grande el pasado de esta vieja y gloriosa España, y social, es decir, preconizando una rápida reforma social, sin la cual la palabra paz carece de sentido.

JUSTICIA SOCIAL.—La conciencia social exige tener un concepto claro de los deberes que impone la justicia social y el cumplirlos fielmente.

La justicia legal, según el concepto tomista, ordena todas las virtudes al bien común, como la caridad las ordena al bien divino. La justicia social exige de las partes lo que es necesario para el bien del todo.

Dad a cada miembro del cuerpo social lo que necesita. ¿Para qué? Para el cumplimiento de sus funciones sociales. Robusteced al individuo para que sea mejor ciudadano.

BIEN COMUN.—El objeto propio de la justicia social es, pues,

el bien común, ya que las virtudes se especifican por su objeto.

El bien común permite que se convierta en actos lo que potencialmente llevaban los hombres en su interior. Permite que éstos enriquezcan su mente y su voluntad con virtudes y practiquen externamente lo que estas virtudes ordenadamente les pide.

EL TRABAJO COMO DEBER SOCIAL.—Existe el deber de trabajar. La propiedad tiene una función social. También el trabajo. Finca improductiva es quebrantamiento de un deber social de parte del propietario. Entendimiento ocioso y estéril no rinde tributo al patrimonio nacional.

Tenemos la obligación de perfeccionarnos en todos los órdenes. De ser cada día mejores como elemento social. Tenemos la obligación de ascender. En un cierto sentido, tenemos la obligación de aspirar a ser auténticos aristócratas.

Tampoco el capitalismo en sí como sistema económico es condenable. La Iglesia lo que ha rechazado es lo que se llama el capitalismo manchesteriano, cuyas dos características son la ley del mercado para remunerar el trabajo y la máxima ganancia como ley moral.

El optimismo no es la ilusión; no es ver ni crear lo que no existe. No es un daltonismo intelectual y moral que sólo advierte los colores claros de la vida. Sería perjudicialísimo para el orden real. El optimismo, en su parte externa, debe ser el tener ojos fáciles para ver todo lo bueno que existe o que se puede reducir al bien. Y al mismo tiempo no dejar de ver los aspectos que pudiéramos decir peligrosos o deficientes que puede tener ese mismo bien, para corregirlos o esquivarlos.

Concretamente, y pensando en España, queridos jóvenes, debéis tener un espíritu optimista respecto al presente y, sobre todo, al porvenir de vuestra patria. Pero ha de ser un optimismo prudente.

EL INSTRUMENTO PARA FORMAR LA CONCIENCIA SOCIAL.—Y ¿qué instrumento será adecuado para formar la nueva conciencia social que España necesita y quiere?

¿Qué instrumento ha producido en España el cambio de nuestra ciencia, de nuestra técnica y de nuestra cultura en lo que va de siglo?

¿De dónde han salido las nuevas generaciones de ingenieros, de médicos, de arquitectos, etc., tan distintos a los mismos profesionales de principio de siglo? ¿Por qué en estos órdenes hemos ganado la distancia que nos separaba de otros pueblos o, al menos, la hemos acertado notablemente, a pesar de su progreso? El milagro se debe a la Universidad.

NECESIDAD DE UNA ARISTOCRACIA.—Lo que da consistencia a una nación y asegura la continuidad de su vida ordenada y progresiva es la aristocracia. Roma en la antigüedad e Inglaterra en los tiempos modernos han sido los países afortunados que lograron ver desarrolladas hasta la perfección sus instituciones aristocráticas.

Hablo siempre de la aristocracia en el sentido cristiano de la palabra; es decir, del aristócrata cabeza del pueblo, como decían nuestros antepasados. Aristocracia desvinculada del pueblo será más bien oligarquía que aristocracia; del mismo modo que pueblo falto de aristocracia, antes será masa que pueblo. Una aristocracia, pues, anhelamos que informe la vida del pueblo y la dignifique y la eleve en todos los sentidos.

ARISTOCRACIA MODERNA.—El aristócrata cristiano del siglo XX debe tomar a su cargo, como una de sus misiones principales, la de redimir económicamente a los braceros del campo. Por tanto, no sólo la parroquia o la escuela deben ser objeto de su atención, sino también la vivienda. Porque no cabe ni moral, ni religión, ni cultura cuando las familias viven hacinadas, peor que los animales con que labran la tierra.

EL PATRIOTISMO.—El patriotismo es una forma de piedad, y la piedad es una virtud especial de la justicia. La piedad para con la patria es el patriotismo.

PATRIOTISMO Y CIUDADANIA.—Patriotismo es el culto reverente que tributamos a los seres de quienes procedemos. Ciudadanía es el deber que tienen todos los miembros de una sociedad de cumplir aquellas obligaciones que la autoridad exige para el bien común. La ciudadanía es puramente jurídica. El patriotismo es más bien moral. Los deberes de los ciudadanos se pueden exigir coactivamente. Los de patriotismo nada valen, nada significan cuando no se ofrecen espontánea y generosamente. Pueden determinarse los límites de los deberes ciudadanos en una constitución o en unas leyes políticas. ¿Quién puede encerrar los deberes del patriotismo si no es acaso en aquella bella fórmula horaciana: «Dulce et decorum est pro patria mori»?

EL CONCEPTO DE PATRIA.—En la política interior los católicos deben velar por la defensa de aquellos principios que conducen a la paz y combatir los que sean contrarios a ella. Sobre todo es preciso que cuidemos de modo especial los peligros que encierra la exaltación patriótica. Ni remotamente vamos contra el patriotismo, que es una virtud ensalzada por la teología católica pero que puede convertirse en pasión peligrosa cuando no es ordenada.

Santo Tomás trata del patriotismo en el tratado de las virtudes, en el de la justicia y especialmente en el de la piedad (2-2 q. 101 a. iss). La piedad es el culto reverente que debemos prestar a los seres de quienes procedemos. Y el hombre

procede de tres seres: de Dios, de sus padres y de la patria. De ahí tres géneros de piedad: para con Dios, que es la virtud de la religión; para con los padres, que forma los deberes filiales; para con la patria, que es el patriotismo.

Es, pues, el patriotismo una virtud excelsa, pero inferior a la piedad filial e inferior a la religión. La nación es una sociedad natural, pero menos inmediatamente natural que la familia, y de estirpe inferior a la Iglesia, que es sociedad divina. De aquí que en la formación del niño la Iglesia y los padres tengan derechos anteriores a los de la sociedad civil.

NACIONALISMO Y SUPRANACIONALISMO.—Para formar la conciencia supranacional hay que someter previamente a examen los conceptos de patria y de nación. Un patriotismo exacerbado, un nacionalismo radical o exagerado, son los mayores enemigos de una sana conciencia supranacional católica.

El patriotismo es el orden humano es virtud sagrada, propia de pueblos cultos. Supone formada la tradición nacional, y viva y actuante la esperanza colectiva.

NACION Y ESTADO.—El Estado es principalmente una unidad jurídica. La nación es una unidad moral mucho más compleja. Supone unión intelectual, unión afectiva, pasado común, comunes propósitos y, en cierto modo, un alma colectiva. Es espíritu propio, es lo que a una nación distingue de las otras; espíritu que se manifiesta en las instituciones jurídicas, en las creaciones artísticas, en la lengua y en la literatura, en los usos y costumbres de la vida ordinaria.

La nación es un producto histórico. El Estado, no. Puede formarse un Estado en veinticuatro horas. Sólo en el curso de los siglos se engendra el alma nacional.

NACIONALISMO.—Hemos dicho que la nación es una unidad moral. Lo es también el Estado. Pues bien: el error nacionalista radical puede decirse que convierte esta unidad moral en una unidad física.

Si concebimos el Estado como una unidad física, tenemos que asignarle un fin absoluto. Es decir, supeditaremos el fin particular de las partes componentes del Estado al fin del Estado mismo. No vive ya el Estado para el individuo, sino el individuo para el Estado. No hay derechos individuales anteriores ni superiores a los derechos de la colectividad. Todo le es lícito al Estado si él lo considera necesario para el cumplimiento del fin que él a sí mismo se señala.

PANTEISMO.—Huelga decir que esta concepción nacionalista radical es atea, al menos prácticamente. Las relaciones entre el individuo y la divinidad han quedado cortadas. El individuo no puede estar naturalmente sometido a ningún ser colocado más allá de la esfera de acción del Estado.

EL NACIONALISMO, LA PAZ Y LA IGLESIA.—El nacionalismo exagerado es enemigo de la paz internacional. El nacionalismo es enemigo de la Iglesia. Lo es en sus principios, puesto que el nacionalismo es ateo. Lo es en sus aplicaciones, porque, no reconociendo ninguna sociedad superior al Estado, no puede reconocer, naturalmente, una sociedad internacional de fundación divina, de fines y de medios sobrenaturales.

EL MISTERIO DE ESPAÑA.—El curso de nuestra historia quiebra con frecuencia las leyes de la lógica. España ha dejado muchas veces por mentirosos a tantos fáciles profetas que, juzgando por síntomas externos, han querido ver en ella un pueblo en decadencia y tal vez próximo a la muerte. Se ha confundido la anarquía de nuestra vida pública, que contraponía fuerzas y las destruí, con la falta de energía vital, dolencia propia de las razas decadentes.

En los momentos críticos de su historia, España descubrió inesperadas e inagotables reservas espirituales, que trascendieron a todas las manifestaciones de la vida y fueron causa de una obstinada y a veces casi invencible resistencia al enemigo, de sacrificios sublimes y de actos heroicos de fortaleza.

EDUCACION CIVICA.—La educación cívica es uno de los principales deberes del gobernante. Se funda en el fin mismo de la sociedad. Citaremos una vez más a Aristóteles, según el cual el fin del gobierno, filosóficamente considerado, es unificar. No cumple con su deber si guarda solamente la unidad exterior que nace de mantener un orden público. La unidad más profunda se consigue por la aceptación de unos mismos principios y prosecución espontánea de los mismos bienes. De aquí que el Estado tenga no sólo el derecho, sino el deber de intervenir en la educación.

DEMOCRACIA, FRATERNIDAD, HUMANISMO Y TECNOCRACIA.—Pablo VI se alarma ante el poder de la tecnocracia. Es preciso conciliar la tecnocracia con el verdadero humanismo. El verdadero humanismo no puede prescindir de la concepción cristiana de la vida. La concepción cristiana de la vida está amplia y reiteradamente expuesta por los últimos pontífices en todos los campos de la actividad humana. «Con este propósito —dice Pablo VI— debe unir a la investigación científica, a la capacidad técnica y a la cualificación profesional un estudio, renovado sin cesar, de las enseñanzas de la Iglesia, pues sólo ahí encontrará la fuente del verdadero humanismo, fundamento de una sana democracia.»

LA TERCERA ESPAÑA.—Desde principios del siglo XIX han vivido en el área nacional dos Españas.

Una España detenida, aferrada a lo antiguo, cristalizada en lo

tradicional, entendida, por otra parte, la tradición muchas veces en formas viciosas y mezquinas; España opuesta, casi sistemáticamente, a toda novedad.

Otra España, por el contrario, desconocedora o poco estimadora de los valores de la raza, ajena al sentido íntimo de nuestra peculiar constitución nacional. Fácil en admirar la ideología o las instituciones de otros países. Amiga, en fin, de trasplantar, sin adaptarlos, modelos extranjeros.

¿Dos Españas? ¿No será más exacto decir tres Españas? Sí, siempre ha habido una tercera España. Una España, de un lado, tradicional, sabia y genuinamente tradicional en lo que existe en nuestra historia, en nuestra ideología y en nuestras instituciones de definitivo y eterno. Y, por otro, ampliamente progresiva, deseosa de recibir y adaptar, en la medida de lo posible, las enseñanzas sabias de otros pueblos.

La tercera España se llamó, en la primera década del siglo XIX, Jovellanos.

La tercera España se llamó, a mediados de siglo, Balmes.

Y en el último cuarto de siglo, en el orden político, se llamó Cánovas. Y en el cultural, Menéndez Pelayo.

En la línea de esta tercera España nos situamos.

EL PERIODISMO COMO ARISTOCRACIA.—En realidad, yo no dudo en decir que los periodistas constituyen una suerte de aristocracia especial, una aristocracia espiritual que tiene que cumplir aquellos deberes que marca la doctrina cristiana, el deber de ilustrar rectamente al que no sabe, ejerciendo una especie de patronato sobre las clases inferiores; una aristocracia que recoge las palpitaciones diarias y es el portavoz de la civilización y del progreso; una aristocracia, en fin, que comparte con el Gobierno las funciones directivas del Estado.

Esta misión de patronato y de protección sobre otras clases exige que se forme en el periódico una verdadera aristocracia espiritual. En realidad, esta idea es la que yo quiero que quede flotando en el ambiente.

LO BUENO Y LO MALO DEL CAPITALISMO.—La persistencia y difusión de la empresa capitalista indican que hay mucho en esta institución que es conforme con el orden de la naturaleza. Los enormes frutos logrados por ella en el orden económico prueban que, en algún aspecto, la empresa moderna representa un legítimo progreso.

Inmensos son los males, empero, causados por dicha institución en el orden moral, social y político. En sus entrañas se ha incubado la moderna guerra social. Algo hay, pues, en ella de radicalmente vicioso, tal vez de gravemente injusto.

La empresa pide reformas; mas las reforman han de hacerse con tal tiento que no se perjudique lo que en ella existe de saludable y conveniente, a la par que se reforme en lo que deba sanearse.

LA DISTRIBUCION DE LAS RIQUEZAS.—Sentada esta doctrina, de ella se desprenden dos conclusiones. Primera: las enormes riquezas acumuladas por los pueblos en los tiempos modernos se deben principalmente al trabajo. Segunda: la distribución que se ha hecho de esas riquezas es totalmente injusta.

JUSTICIA SOCIAL.—Lo dicho me lleva a afirmar que, según la doctrina pontificia, es un deber de justicia el dar una participación en los beneficios a los que cooperan a producirlos por medio de su trabajo. Un deber de justicia natural, si se atiende a la causa formal que especifica el producto. Un deber de justicia social, si se atiende a los principios de la distributiva, a la paz y a la tranquilidad de las naciones.

EL BIEN COMUN DE LA SOCIEDAD.—Ante todo, pues, hay que salvar el bien común de toda la sociedad. Importa que quede estable y consolidado un orden jurídico y un orden económico, que es como la bóveda suprema que ampara toda la vida del trabajo

EL BIEN COMUN DE LA EMPRESA.—Pero si el primer bien común que hay que salvar es el de la sociedad, también hay que poner por delante de los derechos del capital y del trabajo, y en cierto modo amparando al trabajo y al capital, otro bien común: el bien común de la empresa.

LA PARTICIPACION DEL TRABAJO.—Es una vulgar y necia injusticia el desatarse en críticas acerbas contra los llamados hombres de empresa. Los hombres de negocios suelen ser, generalmente, los creadores. Ven eso que llamamos negocio, es decir, un orden económico productivo, donde los demás no lo han visto. Como el artista descubre la estatua donde el hombre vulgar no percibe más que el bloque. Sabe ejecutar, sabe arriesgarse, crean riquezas; llaman y utilizan y retribuyen al director, y al técnico, y al obrero. Tal categoría de hombres mereca en la sociedad todas las consideraciones. Un ambiente social que ahogue el espíritu de iniciativa de esta gente sería funestísimo para todos.

LA PARTICIPACION EN LOS BENEFICIOS DE LA EMPRESA.—Urge dar al trabajo una participación en los beneficios reales de la empresa, por varias razones:

Porque es muy conforme a la naturaleza de la empresa, que es una comunidad natural de actividades y de intereses.

Porque aproximaría a las dos clases y las fundiría en una vida común, no sólo económica, sino ampliamente humanada

Porque sería una formidable defensa contra el sindicalismo revolucionario, concebido como instrumento de lucha de clases y delbelador de la actual organización social y política.

Porque descargaría al Estado y a la corporación misma de funciones que la empresa puede cumplir, ya que «no hay por que abocar a una sociedad superior lo que una inferior puede realizar» (OA, 79).

Porque multiplicaría y administraría sabiamente el valor real de la parte asignada al trabajo.

Porque dispondría los ánimos a un intenso, fecundísimo, apostolado obrero.

Porque está aconsejada por los dos últimos pontífices.

HACIA EL CONTRATO DE SOCIEDAD.—Entiendo que cada día es más fuerte la tendencia a combinar el salariado puro con elementos del contrato de sociedad. Tal es la marcha de la legislación en algunas naciones, como lo acredita la creación de comités y jurados de empresa, de consejos de empresa, consejos de gestión, etc., todos los cuales dan una positiva intervención al trabajo en el régimen interno de la empresa misma, y son órganos, no de una ni de otra parte, sino del conjunto de los interesados en la empresa. Son órganos sociales, órganos de un mismo cuerpo, no armas de combate. Expresión del principio de asociación que comienza a influir en este campo.

ES URGENTE CONCRETAR, FIJAR Y PROPAGAR LOS PRINCIPIOS.—Importa, pues, concretar bien los principios de orden económico, social y político; fijarlos en fórmulas precisas y desarrollarlos y propagarlos después intensamente.

La tarea es urgentísima. Estamos pecando de excesivamente confiados y, si la frase no os hiere, por lo familiar, diré «tranquilos», tomando la expresión en sentido castizo. Sí, de excesivamente tranquilos; nos desentendemos fácilmente de cumplir deberes gravísimos y urgentísimos por rehuir los sacrificios que nos exigiría, los daños que nos causaría su leal cumplimiento. Nos alejamos del palenque áspero y difícil a donde

nos llama la salud de la sociedad y la voz de la Iglesia, para cultivar otros campos donde los ministerios son más fáciles, ofrecen mayores consuelos y complican menos la vida.

Urge labrar las conciencias. En la cumbre necesitamos los Centros de estudios sociales superiores. Dichos Centros deben tener la misión de formar rápidamente las minorías directoras.

UNA LAGUNA: LA MORAL SOCIAL.—En nuestra formación religiosa hay, empero, una gran laguna: la moral social. La moral individual y la familiar son elevadas. La social, bajísima. Cabe una atenuación. Es fenómeno general, aunque no se halle el mal en todos los pueblos tan acentuado como en el nuestro.

«HISPANUS QUIDAM».—En una palabra, en una sociedad civil rectamente organizada, nadie debe estar tendido a la vera del camino, asaltado por el paro, el hambre y la miseria.

¿ESTADO O SOCIEDAD?—La acción directa exagerada de este último puede convertirse en centralismo, estatismo, totalitarismo, burocratismo, intervencionismo minucioso, inspección deficiente, servicios caros y servicios malos; en anulación de las enormes fuerzas potenciales que la sociedad ofrece.

UNA CONCIENCIA NUEVA.—Venga esa revisión a la luz de las doctrinas pontificias sobre la justicia social.

Y vengan quienes prediquen con valentía estos graves deberes.

No formemos en ciertos capítulos de la ley moral conciencias tan delicadas que cuelen el mosquito, mientras en otros las dejemos tan rudas o tan deformadas que se traguen el camello. El camello de los graves pecados contra la justicia.

Y las naciones son grandes por la justicia. «Iustitia Elevat gentes».

España lo será cuando sea debidamente labrada esta faceta.

Don Angel, visto por los propagandistas

Arquetipo del propagandista



Ya era obispo de Málaga. Pero siempre que podía venía a hablar a los propagandistas

El mismo Señor que ha llamado ahora a Su gloria al anciano cardenal de la Santa Iglesia, le había llamado, a comienzos de siglo, a su servicio, cuando era, a la sazón, un joven abogado para una misión apostólica muy singular: la de propagandista. Don Angel respondió, ya desde entonces, alácremente a la vocación del Espíritu y secundó, durante años y años, la obra sobrenatural de la gracia, fidelísimamente y con magnánima generosidad.

Se encomia esto como mérito, porque el moderno apostolado seglar estaba entonces en sus comienzos y, dentro de él, la vocación de «propagandista» era de un tipo singular muy comprometido y del todo

nuevo, como que respondía a las nuevas necesidades de los tiempos. Por eso, cuando el ambiente religioso, moral y social de la época hizo brotar la Asociación Católica Nacional de Jóvenes Propagandistas, que fundó el padre Angel Ayala, su primer presidente fue, en razón de esa peculiar vocación suya, nuestro don Angel.

Dentro de los fines genéricos del apostolado seglar, la vocación del propagandista, la que don Angel sirvió tan ejemplarmente, tenía como designios concretos estos dos: formar hombres para la vida pública y promover instituciones sociales; hombres e instituciones que habrían de servir con espíritu apostólico a

la Iglesia y a la sociedad civil y, más en particular, dentro de ésta, al pueblo.

Hizo don Angel de esta vocación la razón de ser de su vida. Hablo, ahora, de su época de seglar. Por eso, apartándose de su propia carrera de leyes y de su prestigioso cargo de abogado del Estado, se dedicó de lleno a la propaganda católica, mediante la difusión del pensamiento con la palabra y con la pluma, y a la organización de obras de apostolado seglar, singularmente en la Universidad y en la Prensa.

El secreto de sus grandes aciertos como propagandista y, sobre todo, del mucho bien que ha hecho por sí mismo y a través de sus obras, está en su profunda religiosidad. El amor de Dios y su servicio eran el centro de su vida. «centro» en el más puro sentido etimológico de la palabra, a saber: aguja en que se apoya el compás de su existencia para trazar los círculos «concéntricos» de su vida toda. Si bien temporalmente religioso, lo era de un modo íntegro y del todo sobrenatural. Hombre lleno de Dios, entregado a Dios, movido por Dios, al estilo paulino e ignaciano.

LOS «VERBOS» DEL PROPAGANDISTA

Importa recordar de qué manera concebía don Angel al verdadero propagandista. Como él fue su dechado y su arquetipo, basta recordar lo que dijo y releer lo que escribió, porque eso mismo era lo que vivía. En sus conferencias y discursos, en sus artículos y declaraciones (B.A.C., volumen 233) se pueden subrayar, por lo que se reiteran, media docena de verbos que cualifican esa singular vocación del propagandista, puesto que se refieren a su peculiar misión y a las dotes que ésta requiere. El don Angel, los conjugó como

nadie a lo largo de su apostolado y a él le fueron aplicados con toda propiedad.

El propagandista debe **«construir»**; no está llamado a derribar. «En España, en la vida pública, tenemos magníficos operarios incansables en la tarea de demoler... —habla don Angel en el Madrid de 1933—, hombres eminentes en las artes de destruir, de desescombrar, de arrasar, al punto de que, si no han logrado construir un Estado, al menos podrán vanagloriarse de ofrecer a los políticos que les sucedan un magnífico solar limpio de todo vestigio de construcción, ni antigua ni nueva... Hay que pensar en construir. Pero... hay que construir primero en los entendimientos. Sin ideas es imposible edificar» (pág. 485).

El propagandista debe **«coordinar»**. He aquí el segundo verbo, al que don Angel llama «verbo genuino de la Acción Católica», y el cual la A.C.E. que él presidía —habla ahora en 1934 en Santander— se esforzó en conjugar. «La coordinación de distintas obras se ha hecho suave y firmemente a la par; hemos procurado ser fieles a tres principios mágicos con los cuales se pueden hacer portentos en España: unión, disciplina, autonomía...» (página 506).

Esta coordinación, que se refiere directamente a las fuerzas e instituciones católicas, puede extenderse a otras fuerzas e institutos no confesionales, siempre que sean simplemente respetuosos. El verbo coordinar toma entonces una peculiar denominación: va mejor **concordar**. En orden a la coordinación cultural, esto dijo de la Universidad, en Granada, el año 35: «La «Universidad católica no sólo no nos ha de alejar (de la oficial), sino que ha de penetrar en la cultura católica del país con la Universidad oficial... Las Universidades del Estado y la Universidad de la Iglesia se auxiliarán y cooperarán en un plano superior armónico, que es donde debemos hallar las soluciones católicas de la vida» (pág. 510).

Aplicado el verbo concordar al orden estrictamente político, el pensamiento de don Angel es el mismo, y a él obedeció su acción. Lo recordó, no hace mucho, al celebrarse, el año 63, las Bodas de Oro de La Editorial Católica: «Nosotros —dijo en su discurso— fuimos un elemento de concordia, de perfecta unión entre las fuerzas ya organizadas... Los lectores de «El Debate» pertenecían a lo que se llamaba: las honradas masas rectoras de la derecha española. Sobre esta gran masa influimos nosotros directamente. Y creo que contribuimos a elevar su formación política y a prepararla para una acción eficaz. Pero cortamos, desde el primer momento, toda discusión con los afines...» (página 228).

El propagandista debe **emprender** obras y acometerlas con intrepidez y con audacia. «Cuando vaciléis en una empresa por juzgarla superior a vuestras fuerzas, consultad vuestra conciencia, y si ella os dice que la obra es de Dios y que la intención es pura, no dudéis en acometerla, porque por encima de la prudencia humana está la corazonada instintiva, el don de la gracia. En nuestros días las mentes han de ser frías, pero los corazones cálidos y decididos» (pág. 512).

Las fundaciones todas de don Angel responden a esta santa intrepidez que, a los ojos del mundo, era locura.

El propagandista debe **organizar**: Los católicos españoles, «más que ejército, hemos sido durante lustros muchedumbres, nos hemos movido faltos de planes de conjunto, carentes de estrategia, ausente de nuestro campo la previsión más elemental» (pág. 480). De aquí la necesidad de organizarse. «Una institución —lo decía hablando de un diario— no es, en último término, más que un sistema de hábitos

intelectuales y volitivos. La institución vive en los hombres...» (pág. 487).

Esta función de organizar la sociedad es obra de minorías selectas, entre las que deben contarse los propagandistas. Porque «cuando falta la alta dirección... del jefe natural, los jefes subalternos incurren en dos vicios: ...el particularismo, por el que cada cual, encariñado con su propia obra, no coopera a empresas de bien más universal; el inmediatismo, que consiste en no ver más que los problemas del día y en no alzarse un poco sobre el nivel ordinario para prever los posibles problemas del día de mañana» (pág. 481).

Un último verbo, éste en sentido activo y a la vez reflexivo, se impone al propagandista: **formar y formarse**. En realidad, se trata de uno de los designios fundamentales de la A.C.N. de P.: la formación de la conciencia, así la individual como la colectiva. Es misión muy necesaria: «Porque en España es evidente que la conciencia individual de los católicos... suele, en general, estar bien formada... en el orden familiar...; mas, en cambio, en lo que respecta a los deberes sociales y políticos, a todas las manifestaciones de la vida pública, hay verdaderas lagunas...» (pág. 482). A cubrir las en lo posible dedicó la mayor parte de su celo apostólico nuestro don Angel, secundado por los propagandistas.

EL ESPIRITU SOBRENATURAL Y MEDIOS EFICACES

En conexión con la idea expuesta sobre los verbos esenciales del propagandista, que son la expresión de los criterios rectores de su actividad, están **las normas** que don Angel expuso y practicó para preparar el tipo de propagandista capacitado para construir, coordinar, acometer y formar. Forzoso es limitarse a unas cuantas indicaciones que no agotan la materia.

El propagandista es, ante todo, un hombre de **espíritu sobrenatural**. Si carece de él pierde la sustancia. En esta materia hay que volver a las viejas consignas, siempre permanentes, de la primera hora de la Asociación.

En consecuencia, Angel Herrera, propagandista, ofreció en sí mismo el modelo vivo de lo que debe ser para el propagandista la vida sobrenatural. Los puntos programáticos de esta vida sobrenatural los recordó don Angel en la oración fúnebre que pronunció con motivo de la muerte del fundador de la A.C.N. de P., padre Angel Ayala: «Abnegación individual y abnegación colectiva... desinterés... **espíritu de unión**... Cabe la discrepancia de opiniones en la perfecta unión de las voluntades. El ideal es un solo pensar, un solo querer, un solo obrar. Mas el tener distintos criterios en materias opinables es perfectamente compatible con el espíritu de caridad entre las personas» (pág. 847).

Frente a las veleidades de los tiempos, la vida sobrenatural y aun el orden natural requieren el **amor a la soledad** y el retiro frecuente. Porque «hay que pensar mucho antes de lanzarse a la acción... que se ordena y multiplica en su eficacia cuando va precedida de la deliberación» (página 848).

En cuanto al empleo de los medios de acción y de trabajo, don Angel urgió siempre una **ordenada distribución del tiempo** para organizar con eficacia la vida de acción del propagandista. Oración, estudio, deliberación acción, todo debe ir graduado (pág. 499). Quienes le conocimos a fondo sabemos bien hasta dónde llegó en el rigor al hacer aplicación a sí mismo de este estricto criterio. Baste recordar que tomaba, y lo decía, por modelos, aunque inasequibles, a San Ignacio y al Beato Maestro Juan de Avila, quien dedicaba cada día doce horas seguidas de

oración y de estudio antes de abrir las puertas de su despacho... (pág. 500).

El **optimismo** y el espíritu abierto son también notas del propagandista, hombre que sabe comprender el sentido genuino de la época en que vive y que sabe reconciliarse con todo lo bueno que hay en las exigencias de esa época (pág. 500).

PRECURSOR Y FUNDADOR

Toda gran institución la funda un hombre «genial» y luego un equipo de hombres «cabales» la consolida. Esto se observa a lo largo de la historia y se confirma en el caso de don Angel. Si bien este hombre excepcional ha acertado, además, a dejar consolidadas, en vida, la mayor parte de sus fundaciones.

Por esto, sin duda, estas instituciones se hallan imbuidas del espíritu de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, que es su obra madre. Es aplicable lo dicho: a La Editorial Católica, con sus diarios, su Agencia «Logos» y su Biblioteca de Autores Cristianos; a los Colegios Mayores Universitarios de San Pablo y de Pío XII, al Centro de Estudios Universitarios, al Instituto Social Obrero y a tantos otros Centros de educación y difusión de ideas como se encuentran hoy en manos de los propagandistas.

Por lo que a **La Editorial Católica** se refiere, es claro que fue una proyección plena del espíritu de la Asociación. Al celebrar su cincuentenario, el año 63, lo confesaba el propio don Angel, dejando ver cómo sus puntos programáticos coincidían con los de la A.C.N. de P., a saber: «Constante fidelidad a la doctrina de los Romanos Pontífices... en lo social como en lo político...»; «adhesión al Episcopado, que había sido tan insistente como inútilmente predicada para los españoles por León XIII»; «fiel acatamiento a los poderes constituidos de hecho... sin prejuzgar cuestiones de legitimidad...», espíritu de colaboración leal con las fuerzas afines, etc., etc. (págs. 227 a 229).

De la **Acción Católica** oficial moderna fue don Angel, como propagandista, un precursor, y luego, en cuando presidente de su Junta Técnica Nacional, el hombre que llevó el espíritu de los propagandistas a aquella obra, según deseos del propio Pontífice. De ambas afirmaciones nos quedan testimonios expresos. La A.C.N. de P. —dijo en 1960— «fue en su tiempo un anticipo de la Acción Católica moderna». Creada ésta a través del cardenal Vico, en aquella «estaba en germen la futura Acción Católica oficial» (pág. 842). Y añadía don Angel: «Injertadas están en el tronco de la Asociación las primeras ramas de la Juventud Católica oficial. En los días de la República, difíciles para la Iglesia, el presidente de la Asociación —él mismo— pasa a serlo de la Junta Central, y tres cuartas partes de la Junta Nacional estaba formada por propagandistas» (página 843).

La naturaleza, los objetivos y los instrumentos de aquella a la sazón nueva Acción Católica, la de S. S. Pío XI, están admirablemente expuestos en el discurso que entonces —1933— pronunció su presidente, el propio don Angel, para celebrar la Jornada Nacional de Prensa Católica. Vale la pena leerlo íntegramente; a su texto me remito (pág. 478 y sigs.).

UN EJEMPLO QUE SEGUIR

Hombre de Dios, fiel a su vocación apostólica, devoto siempre del Pontificado, lealísimo a la jerarquía, patriota y universal, ciudadano modelo, cumplidor del deber, respetuoso con la autoridad, amante del derecho, fuerte en la defensa de sus convicciones, sobrio en sus costumbres,

eficacísimo en sus procedimientos, fundador genial de instituciones, consolidador cabal de las obras fundadas, director de espíritus aun en su época de seglar, maestro de juventud, hombre de corazón para el pueblo, con un gran respeto para

la dignidad personal y al propio tiempo con un gran sentido comunitario de la vida social, constructor de un mundo mejor, todo esto y muchas cosas que se pueden decir en elogio del señor Cardenal Herrera hacen de él el prototipo y

el dechado de lo que él mismo quiso que fuese «un propagandista». Pasó haciendo el bien. Se entregó a los demás. En suma, fue un ejemplo digno de imitación.

ALBERTO MARTIN ARTAJA

Don Angel y la Universidad

En esta hora agitada, cuando la problemática juvenil y particularmente la universitaria ocupa un plano destacado en la vida nacional, la mente lúcida de nuestro llorado don Angel, más luminosa si cabe después de su muerte, nos propone una actualísima línea de quehacer a los propagandistas.

La fina sensibilidad de don Angel, impulso motor de la llamada un día Asociación de Jóvenes Propagandistas, supo captar en toda su hondura los trascendentes cambios de nuestra época. Por ello, no fue ajena a un fenómeno que si bien ha aflorado en los últimos tiempos con caracteres violentos, venía incubándose desde hacía unos lustros: el de la confrontación inequívoca de una revolución industrial y tecnológica generadora de profundos cambios económicos y sociales, con unos rígidos esquemas educativos fundados en la simple acumulación de conocimientos, integradores en un acervo cultural, pero incapaces de hacer frente a un proceso de mutaciones necesarias e inevitables.

Este divorcio entre Universidad y vida lo planteó don Angel en estos términos: «Estas Universidades —dijo—, que se ha dicho con razón que son casas sin ventanas, que están ausentes de todas las corrientes de la vida; estas Universidades que se han comparado a esas poleas locas que giran vertiginosamente, sin enlace con ningún organismo industrial; que son semejantes a esos ríos que se deslizan pausados y turbios por el fondo de sus cauces sin ser capaces de fecundar las riberas que están bebando sus aguas.»

Don Angel reaccionó inequívocamente contra unas estructuras docentes de corte napoleónico: «El pensamiento de Napoleón —dijo— ha sido adulterado después de su muerte, y ahora los modernos césares intentan ponerlo en planta tal como aquel genio de la guerra lo había concebido. Es un grave error, es una desgracia inmensa la que supone, para la vida espiritual de un

pueblo, una concepción del Estado docente tal como estaba en la mente de Napoleón.»

Pero don Angel no se limitó a esta crítica. Era consciente de que en España el mal era hondo, porque una sociedad estratificada y egoísta desconocía pura y simplemente a la Universidad. «La Universidad —dijo—, por desgracia, está ligada con egoísmos y privilegios que, en lugar de elevarla al rango que le corresponde, la empobrecen y asfixian.»

La diáfana respuesta de don Angel a esta mezquina situación no fue otra que la actualísima idea de la participación, si hubiese en ella un espíritu amplio; si en lugar de ser unos centros donde hay una serie de compartimientos estancos sin formación hubiera una verdadera alma universitaria, la Universidad, por su propio interés, aspiraría a convertirse en una gran institución social y querría tener el concurso de toda la sociedad: de los padres, de los antiguos alumnos, de las profesiones liberales, de los industriales, del mundo obrero.»

Nuestro mejor homenaje a don Angel en estos momentos será la prolongación de su línea de pensamiento y de acción. Seamos los propagandistas portavoces de esa idea-fuerza que es la participación. Fomentemos en todos los niveles el espíritu asociativo del que tan necesitado está nuestro país. Ideemos nuevas fórmulas, nuevos planteamientos, nuevas respuestas al reto de los tiempos.

Sobre todo, insuflemos en nuestra Universidad ese espíritu abierto que le permita la andadura fácil al ritmo presuroso de la vida más allá de unas estructuras que por fuerza habrán de estar sometidas a constante y permanente revisión.

ADOLFO TORNOS

EL TESTIMONIO DE SU VIDA

Hay que recoger su antorcha

Traté muy poco a don Angel Herrera. Apenas si hablé con él más de dos veces. Oí algunas de sus conferencias. He leído discursos y pastorales suyos.

He participado, por mi condición de profesor y antes alumno del Instituto Social «León XIII», en esta obra fundada por él y a la cual consagró los afanes y las preocupaciones de sus últimos años.

De mi adolescencia y juventud me queda el recuerdo lejano y ejemplar de don Angel Herrera, Director de «El Debate» y Presidente de la Junta Nacional de Acción Católica, como uno de los dirigentes seglares de mayor visión y capacidad del catolicismo español.

La muerte parece que nos descubre, de repente, el misterio de la vida de un hombre. Nos da la solución instantánea del interrogante esbozado con su nacimiento. Nos deja el rastro de su vida. La Iglesia, con metáfora plena de sentido, habla de «olor de santidad». Parece como si al morir el hombre impregnase el ambiente con el aroma de sus hechos y de su vida.

Al morir don Angel he sentido, de pronto, como una ráfaga de luz que me ha descubierto el sentido profundo de su existencia.

Se me ha desplomado encima todo el peso de su grandeza, por encima de nuestras críticas menudas de hombres pequeños y limitados.

Yo creo que la mejor definición del sentido más profundo de la vida de don An-



Angel Herrera, ya sacerdote, cuando era Consiliario Nacional, hablando al Centro de Zaragoza

gel sería la calificación de «hombre de Iglesia».

Como seglar, como sacerdote, como obispo y como cardenal, don Angel fue, ante todo, un «hombre de Iglesia», de los que hicieron realidad en su vida las reglas escritas por uno de los grandes maestros de su espiritualidad, San Ignacio de Loyola, para sentir en la Iglesia y con la Iglesia.

Aquí está la clave de su vida. Lo demás todo será una consecuencia. El mismo pudo declarar públicamente, unos meses antes de su muerte, que casi todas las decisiones trascendentales de su vida las había adoptado por obediencia a la Iglesia, y algunas de ellas por mandato directo del Vicario de Cristo.

Este sentido profundo de Iglesia le dio sensibilidad para captar cuáles eran las necesidades más agudas del catolicismo español, en el primer cuarto de nuestro siglo, y para emprender la gigantesca aventura de renovar los métodos de acción apostólica de los seglares católicos.

Fue un hombre abierto a las nuevas corrientes del catolicismo mundial, que supo soslayar la tentación del «integrismo» que tantas energías ha malgastado y sigue malgastando en nuestra Patria. No se quedó llorando ante las ruinas del pasado, sino que, con sentido de continuidad renovadora, supo mirar al presente y más al futuro de la Iglesia.

Gracias a él, fundamentalmente, el catolicismo español, o por lo menos la parte más importante y fecunda, superó la mentalidad del siglo XIX y supo encontrarse y avanzar en el siglo XX.

Su fidelidad al Magisterio de la Iglesia, especialmente al Magisterio del Papa, sin posibles equívocos, sin irenismos claudicantes, sin confusionismos doctrinales, con firmeza suave y comprensiva, es verdaderamente impresionante y constituye un

testimonio decisivo para las nuevas generaciones.

La crítica de «los buenos» nunca le desalentaron, aunque le hicieron sufrir; su silencio, la elegancia de su postura espiritual, alejada de toda amargura, de toda polémica en su propia defensa, fue la propia de un cristiano de madurez interior que se guía, en sus actos, por motivos sobrenaturales. En el país de la tertulia (en aquellos tiempos) y de la crítica envidiosa (también en estos tiempos), su ejemplo de trabajador silencioso e infatigable fue más elocuente que todas las palabras.

La etapa más fecunda de su vida, a mi modesto juicio, fue su etapa de apóstol seglar. Hay hombres cuya vida podría ser representada gráficamente, en un eje de

coordenadas, con una curva que se va elevando constantemente hasta alcanzar su nivel más alto en los últimos años de su vida. Hay otros, en cambio, cuya gráfica llega a un nivel máximo en los años de su madurez, y luego va decreciendo lentamente.

Yo creo que don Angel fue grande en toda su vida, pero los últimos años señalaban un declive en su actuación exterior, en su fecundidad visible. Pero, tal vez, en los planes de Dios, en su trabajo interior como artífice y esposo del alma, fueron los años de la madurez definitiva.

El gesto de Su Santidad Pablo VI de otorgarle el Capelo Cardenalicio a don Angel Herrera, el único español exaltado por

él con la Sagrada Púrpura, fue verdaderamente significativo: era la recompensa de cincuenta largos años de apostolado al servicio de la Iglesia, como seglar, como sacerdote y como obispo, en una línea de continuidad en la entrega y en la fidelidad; fue un reconocimiento, pero también un símbolo.

Don Angel fue un atleta de Cristo que empuñó en momentos difíciles y oscuros la antorcha de la Verdad y del Amor para iluminar con la «Luz de Cristo» el panorama desolado e incierto de nuestra Patria. Recojamos de sus manos esa antorcha para seguir avanzando e iluminando rutas nuevas con la claridad de Cristo.

FERNANDO GUERRERO

ESTO FUE ANGEL HERRERA



Herrera, cardenal. El día de la imposición por el Jefe del Estado de la birreta cardenalicia

A comienzos de 1909 irrumpió en la palestra española un puñado de muchachos intrépidos, capitaneados por un joven abogado del Estado de veintidós años, Angel Herrera Oria. Se lanzaron a pronunciar mítines, sin tener quizá muchas ideas, ni muy claras, cuando el Gobierno cifraba su mayor preocupación política en quitar los crucifijos de las escuelas. Causaron estupor. Porque eso de dar «mítines», palabra extranjera de regusto subversivo, es decir, hablar cara al pueblo en teatros con las puertas abiertas, o en las plazas de toros, era monopolio de lerrouxistas, marxistas y anarquistas. Varias veces me ha contado don Angel, con sonrisa pasiega y humor benigno, el susto de gentes respetables ante el atrevimiento de aquellos muchachos que el padre Ayaia echó a la calle para sacudir la modorra de una España sesteante.

Aquello hizo historia. Merry del Val y San Pío X lo advirtieron pronto. Nació entonces, por obra personal de Herrera, un estilo

nuevo del catolicismo español: intrépido y pacífico, obediente y renovador, español y europeo, piadoso y eficaz.

La caridad auténtica alcanza a veces aciertos proféticos que ella misma no barrunta.

¿Qué ha significado, más en concreto, la palabra y el ejemplo vivo de Angel Herrera a lo largo de sesenta años? Pues el giro casi copernicano en las peculiaridades del decaído catolicismo español.

En lo religioso, escuchar la voz del Papa, comenzando por el estudio y la difusión de las encíclicas, que nadie leía; la organización del apostolado seglar, «sirviendo a la Iglesia como ella quiera ser servida»; la confesionalidad abierta, sin jactancias, pero con apertura magnánima y benigna hacia los hombres de otras ideologías; el espíritu de oración en las minorías católicas seglares y la entrega al trabajo como instrumento de santificación.

En lo moral, la administración rigurosa del tiempo; el espíritu de justicia al juzgar de hechos, hombres e instituciones; el culto al juego limpio y al interés general; el reconocimiento de la verdad allí donde esté, aunque la diga el adversario. Por eso Herrera fue paladín del optimismo y enemigo cerrado del desánimo, del espíritu agrio y de la crítica destructiva, aunque ésta fuera veraz y aparentemente justa. Hasta los más contagiados de su optimismo y de su tenaz confianza en la bondad ajena, hemos escuchado en conversaciones privadas severas admoniciones suyas, o silencios no menos severos, cuando alguna censura nuestra no iba dirigida a fines constructivos o medicinales.

Criaba y alimentaba para ello en su ánimo inmensa capacidad de ilusión hacia personas e instituciones. Yo escuché solemnes profecías suyas, luego totalmente incumplidas, cuyo recuerdo me conmueve, a tantos años de distancia, porque revela el ardimiento de este hombre en las circunstancias más adversas. Y recuerdo también lo pronto que don Angel se reponía de las defecciones más penosas.

En lo político, la visión nacional de los problemas, pero aplicando el principio de subsidiaridad, que en España debe conducir a descentralizaciones geopolíticas e institucionales; la obediencia al poder constituido y a las leyes vigentes, si no son esencialmente injustas; la proclamación de la accidentalidad de las formas de gobierno; los métodos pacíficos en la acción política; el contacto con el pueblo para mejor conocerlo y servirlo; la apertura a Europa y América, aunque sin volver la espalda a nuestras tradiciones patrias, pues Herrera fue siempre muy patriota.

Predicó también la unión efectiva de los católicos en todo lo esencial e intentó la colaboración con otros sectores, infundiendo magnanimidad, apertura y sentido anchamente nacional en nuestras canijas derechas. Por eso, en las cuestiones puramente temporales, se sintió siempre hombre de «centro», cosa que yo por aquel entonces, allá en mi juventud, no lograba yo entenderlo bien.

En lo social, la formación de una conciencia nueva, que lleve a otra distribución de los bienes culturales y materiales, más justa y evangélica, propugnando para ello que los débiles participen en la administración y defensa de sus intereses, sin ser defraudados por los poderosos. Y la reforma interna de la empresa, para que la relación meramente salarial de capital y trabajo evolucione hacia fórmulas de sociedad deseadas por los Papeas.

Fue hasta la muerte, con creciente vocación y entrega, el apóstol de la justicia social en España; aunque en esto le precedió una generación de precursores, cuya voz fue poco atendida y después casi olvidada.

En lo literario, Angel Herrera estrenó un estilo vigoroso, escaeto, claro, tanto en la oratoria política y religiosa como en la prosa periodística. Pensaba y aquilataba despacio lo que debía escribirse, lo trababa lógicamente, desechaba lo accidental y lo reducía tanto luego a fórmulas transparentes. En cambio, sus discursos unían la trabazón tomista a la vitalidad agustiniana.

Finalmente, en lo profesional, y más concretamente, dentro del periodismo, sustituyó la vieja Prensa confesionalmente católica (fiña en parte y en parte pendenciera; casi siempre aburrida y poco informada) por otra técnicamente más moderna, de horizontes nacionales y supranacionales y, sobre todo, objetiva, cuyo modelo fue «El Debate», diario que honró a España durante veinticinco años y que, en ciertos aspectos, no ha sido superado todavía, a pesar del tiempo transcurrido.

Desde su primera juventud, Herrera se enamoró del progreso técnico y consideró que el retraso científico de los católicos, o su impreparación para las tareas públicas, es pecado que tiene ribetes de escándalo.

Espigando en las muchas lecciones que aprendimos del Angel Herrera seglar sus amigos y discípulos, creo que merece especial atención su rectitud exquisita en el uso de los medios, frente a toda injusticia, especialmente en lo tocante a la acepción de personas para la provisión de cargos públicos y tareas profesionales. Los fines puros han de ser servidos por medios igualmente puros, aunque el bueno haya de luchar en la vida con armas que, si prescindieramos de la providencia de Dios, parecerían desiguales, pues lo son de tejas abajo. Don Angel no claudicaba ante la justicia objetiva bajo las presiones del temor, la honesta utilidad inmediata o la amistad.

Del Herrera sacerdote y obispo poco puedo ya decir, sino que fue espejo de pastores: «poimen ó kalós».

Pastor abnegado. Pastor diligente. Pastor piadoso. Pastor eficaz. Pastor pobre. Pastor enamorado de su Diócesis hasta casi la chifladura, pues dificulto que ningún novio hable de su novia, ni

ningún abuelo de su nieta, como don Angel de Málaga. Pastor, también, conmovedoramente amado de su pueblo. Hablando entre sueños a Francisco Echamendi los últimos días de su vida, planeaba el viaje de despedida que prometió a los malagueños.

Pero no todo le fue fácil ni de color de rosa a don Angel, sobre todo en su etapa de seglar. Casi no hubo faceta de su personalidad pública que no fuera en su tiempo mal entendida, o mal juzgada. Bien lo recuerdo yo, evocando aquella primera etapa de mi inexperta colaboración con él, allá entre 1933 y 1936. El maestro de media España y querido por gran parte de la otra media, caminó pisando espinas. Hoy los criterios de sus impugnadores nos harían sonreír de tristeza, si no estuvieran ya olvidados.

Mas llegó a la ancianidad dulce, benigno, empapado de amor y de comprensión hacia todos. En esta disposición del alma le halló su larga enfermedad y, al fin, la santa muerte.

Pasó haciendo el bien, con esfuerzo heroico y en sosegada oración contemplativa. Fue a la vez místico y organizador, benigno y severo. Forjó muchas almas con su palabra, su educación y su ejemplo. Dio trabajo a cientos de hogares y hogares a cientos de familias. Tuvo, pues, preclara fecundidad.

Tanta es la fragancia de su bondad y tal la belleza de su vida, que el acerbo dolor de la ausencia queda ahogado, hasta en los más entrañables y fieles amigos suyos, por el gozo de nuestra esperanza. Por la alegría pascual.

JOSE MARIA SANCHEZ DE MUNIAIN

ANGEL O LA PUNTUALIDAD

Quando el 31 del pasado mes de agosto volví a Madrid de un relativo descanso en Salou encontré entre el montón de cartas y periódicos que me esperaban la que reproduzco luego como justificación de estas líneas.

Primero, por tratarse en el que las firma de un suplente del coro que han querido los organizadores que tercié también en el homenaje debido, desde un punto de vista u otro, por todos los propagandistas al que fue con el padre Angel Ayala fundador y por muchos años primer presidente de nuestra Asociación, el cardenal Herrera (q. G. h.) para todos nosotros "Angel".

Y después como excusa por la inevitable vaguedad de unos recuerdos de hace más de cuarenta años que, dado el margen de tiempo que me resta para enviar las tres holandesas encargadas, sólo he pedido confiar las tres a la débil memoria.

La carta con tan HONROSA INVITACION dice así: «Por especial deseo de nuestro presidente, don Abelardo Algorta Marco, el número de agosto del boletín de la «A. C. N. de P.» va a ser dedicado íntegro a glosar la figura y la obra del que fue nuestro primer presidente y segundo fundador, nuestro inolvidable don Angel Herrera Oria, recientemente fallecido en Madrid.

Con tal motivo, y a indicación suya, me es sumamente grato dirigirme a usted en demanda de un breve artículo (tres holandesas escritas a doble espacio y por una sola cara, como extensión máxima) sobre alguna faceta personal del mismo, que pudiera interesar a los propagandistas. El tema central, a título de simple sugerencia, podría ser: «ANGEL HERRERA, SACERDOTE».

Le agradeceré mucho que dicho artículo estuviera en nuestro poder antes del 5 de septiembre.

Con la seguridad de contar de antemano con su valiosa colaboración, le saluda atentamente y queda a su disposición, suyo siempre, afectísimo, BENITO GARRIDO JURADO.»

Y como en vista de este honor no caben excusas, paso a celebrar que corresponda a otros el desarrollo del tema central.

ANGEL HERRERA, SACERDOTE

Aunque lo hubiera desarrollado con más trabajo que el bien sencillo de copiar literalmente lo que en el funeral dedicado a Su Emm.^a por el Cabildo de la catedral de Málaga el 31 de julio último pronunció el que fue obispo auxiliar de aquella Diócesis y hoy lo es de Granada, Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Emilio Benavente Escuin.

Editado aquel mismo día por la imprenta local «Gráficas San Andrés», no ocupa cuatro páginas, pero ellas le bastarán al señor obispo para exponer:

Que el venerado cardenal buscó y amó toda su vida estos tres puntos esenciales. En primer lugar, y antes que cualquier otra cosa dice S. I.: «Buscó y amó al Señor» y «lo buscó directamente con una constante vida de oración...» «En segundo lugar, buscó servir a la Iglesia con fidelidad inquebrantable. Concretamente vivió pendiente de la doctrina y de las orientaciones de los vicarios de Cristo... Por último, amó con toda su alma al pueblo y procuró servirlo y hacer cuanto estuvo en su mano por su promoción social

Pero lo que se me encarga por la presente carta es en cierto modo más fácil: evocar ALGUNA FACETA PERSONAL de Angel que pudiera interesar a los propagandistas.

Para ello he de referirme a la época en que estuve a sus órdenes como archivero bibliotecario de «El Debate» (que también gloria haya) en la época que pudiera titularse de su edad media; la de la modesta instalación en Colegiata, 7 —hoy garaje si no me engaño.

Fue durante la dictadura de Primo de Rivera y formaban en la redacción algunos que estarán con él en el Cielo, los secretarios don Luis Aristuzábal y José María Torres de Rodas; el sin par gerente Marcelino Oreja; el presbítero-periodista don Manuel Graña; los insignes redactores Pepe Medina Togores y Rafael de Luis; colaboradores asiduos como el catedrático Miguel Herrero García, y el segundo del archivo, luego embajador de España, Antonio María de Aguirre Gonzalo. Cualquiera de ellos con talla de primera figura en sus respectivas especialidades.

Como los que aun afortunadamente viven y contemplan el cuadro de tan selecta redacción, el entonces diputado provincial y hoy padre jesuita Manuel Marina, el profesor y luego líder político José María Gil Robles, el ingeniero y publicista Fernando Martín Sánchez, el notario de Barcelona Paco Siso, el redactor jefe y luego director de «El Debate». Paco de Luis Díaz, el jefe de su administración, hoy sacerdote don José Sauras, y tantos otros que formaron aquel equipo ejemplar, del que debiera escribir un libro biográfico alguno de los aludidos que sería digno monumento de tal periodista y de su benemérito equipo.

Pero los rasgos que con más viveza recuerdo del que fue nuestro director es su metódico y absolutamente regular aprovechamiento del tiempo. Su vida como su obra era un cuadro matemático de distribución de las horas, por cuanto que llevaba en un estadiño plegable semanal

Mis recuerdos de don Angel

Era yo un chico cuando vi por vez primera a don Angel. Fue en Toledo, mi ciudad natal. Se habían organizado allí, con el patrocinio fervoroso de nuestro Prelado inolvidable, el cardenal Gomá, una «Semana pro Seminario». El sectarismo de la República había dado sus frutos y escaseaban las vocaciones. La Iglesia temía, con razón, por los hogares donde se formaban los futuros sacerdotes, y no quería encontrarlos vacíos.

Uno de los oradores de la Semana fue don Angel. Yo acudí a todas las conferencias, que se celebraban en la parroquia mozárabe de San Marcos, posiblemente la más amplia de la ciudad imperial. Don Angel —creo que no me falla la memoria— impulsaba entonces la creciente difusión de «El Debate», promovía con su capacidad extraordinaria de organización las asociaciones de propagandistas católicos (A.C.N. de P.) y dirigía, desde la Presidencia Nacional, la Acción Católica Española. De su discurso de seglar recuerdo unas palabras que se me grabaron muy a fondo: «La Acción Católica dará a la Iglesia sus mejores sacerdotes, si la Iglesia da sus mejores sacerdotes a la Acción Católica, como consiliarios de sus organizaciones juveniles masculinas.»

Lo que pedía don Angel le fue concedido, y su profecía se cumplió, a lo menos en parte. De aquellos grupos incipientes de la juventud de Acción Católica, atendidos por consiliarios excepcionales, que luego nos darían el ejemplo de su martirio por la fe, salieron miles de vocaciones, y los seminarios y los noviciados de las Ordenes y Congregaciones religiosas empezaron a nutrirse antes de nuestra Guerra de Liberación, y sobre todo después de ella, de muchachos que en la Acción Católica sintieron la apremiante llamada del Señor.

Como en aquel entonces yo era un chico, me limitada a observar y aprender. Yo

estaba entre el público, en el montón, mientras don Angel, en el presbiterio, adelantándose a la mesa presidencial, que encabezaba el Nuncio, monseñor Tedeschini, hablaba primero y recibía después el aplauso de la multitud y la felicitación de las personalidades.

Mi segundo encuentro con don Angel fue en Barcelona, en el año 1948. El era ya sacerdote y yo notario de Murcia. Dependía de mí la Escuela de Propaganda de los Hombres de Acción Católica, a la que también acudían algunos jóvenes que hoy se han abierto paso en la vida y ocupan puestos importantes. Nos convocaron para acudir a unos Ejercicios espirituales que se celebrarían en el Seminario de la Ciudad Condal. Me inscribí en ellos. Los dirigía don Angel, compartiéndolos en alguna manera con don Vicente Enrique Tarracón, que por aquella época estaba, según creo, de arcipreste en Villarreal.

Nunca olvidaré el gratísimo ambiente de aquel Seminario, la acogida afectuosa de los alumnos, la alegre camaradería de los ejercitantes, las atenciones de don Cirilo Tornos, Presidente Nacional de los Hombres de Acción Católica, y la fotografía final con el consiliario, ese hombre culto, virtuoso y sencillo que es don Ignacio de Zulueta y Pereda-Vivanco.

Don Angel, en una de sus pláticas, nos hizo a bocajarro esta pregunta: «¿Qué quiere Dios de los hombres de España, después de lograr la victoria sobre el comunismo?» Yo medité a fondo estas palabras, y procuré y seguiré procurando responder a la pregunta, por lo que a mí se refiere, con todas sus consecuencias.

Mi tercer encuentro ya no fue con el sacerdote, sino con el obispo de Málaga. Fue a fines de 1949 o principios de 1950. Los agentes de Cambio y Bolsa habían organizado una tanda de ejercicios en Zurbano, número 8, la Casa de las Evangélicas, como vulgarmente decíamos. Admitieron a algunos que no formábamos parte del Cuerpo. Entre los admitidos, tuve la fortuna de encontrarme. No hacía mucho que había obtenido la Notaría de Madrid y unas jornadas de retiro me convenían para hacer una pausa y reordenar mi vida. Don Andrés Avelino Esteban, que tanto se desvivió por la A.C.N. de P., ayudó con eficacia a don Angel en aquellos ejercicios. Fue, durante ellos, cuando pude conversar, por vez primera, de dirigido a director, con el obispo de Málaga. Quede para la intimidad lo que yo pude decirle acerca de mis preocupaciones apostólicas y lo que él me aconsejó, ya con la experiencia de la plenitud del sacerdocio y de su intensa vida pastoral.

Luego, mis entrevistas con don Angel se hicieron más frecuentes. Ya éramos amigos. Tuve el honor de recibirle y atenderle en mi despacho profesional en varias ocasiones y también la satisfacción de que me confiara asuntos graves y delicados que con la ayuda de Dios pude resolver de modo favorable y conforme a sus deseos.

Mis contactos con don Angel se fueron multiplicando por razones ajenas a mi que-hacer profesional. En mis viajes por América fui uno de los propagandistas de la Escuela de Ciudadanía Cristiana, y con los folletos que él me entregó, visité en los países del Nuevo Continente a obispos, Universidades católicas y colegios de Segunda Enseñanza regentados por religiosos. Luego, al crearse el Colegio Mayor «Pío XII», dependiente de la Escuela de Ciudadanía Cristiana, don Angel me hizo el honor de incorporarme a la Junta Rec-

y aplicaba con la exactitud de un buen cronómetro inglés; al menos en aquella época; porque luego lo traté menos y en sus últimos años casi nada; pero supongo que continuaría lo mismo porque en él constituía una segunda naturaleza.

Ocurrió cuando ya no dependía de él, el año crítico de 1931, y en uno de mis pasos por Madrid. Le pedí hora al encontrarle. Consultó su cuadro macizo de apuntes y me lo enseñó. Sólo quince minutos justos quedaban en un pqueño claro y en un rincón y me lo indicó con su mecia sonrisa.

¿Te vendría bien a las 10,45 de la noche? (quiero recordar una hora así)

¿Dónde?

En su casa.

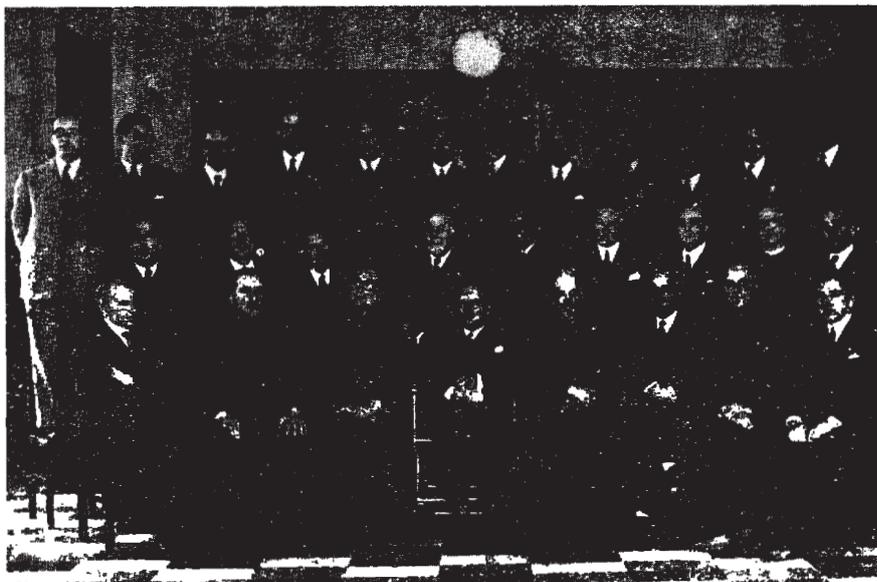
—Pero objeté: ¿a esa hora estarás descansando?

—Todavía no. Ya estaré en la cama, pero tardó un cuarto de hora en dormirme. Si no te importa te recibo allí y charlamos ese rato.

Me parecieron extrañas las horas y el sitio, pero ¿quién decía que no? Llegué con puntualidad herreriana minutos antes de la hora a su piso de la Gran Vía.

Me recibieron silenciosas aquellas dos amables hermanas que estaban a su cuidado y también parecían religiosas. Me condujeron, ya prevenidas, hasta la habitación bajo una discreta similitud y contando interiormente los quince minutos de Angel que permanecía acostado. Habíamos no recuerdo de qué; en cuanto se cumplieron me despedí, todavía extrañado, deseándole unas auténticas buenas noches.

FRANCISCO CERVERA



Don Angel, en el Centro de Zaragoza

El cardenal Herrera como símbolo para el futuro

Hacer la semblanza completa de cualquier hombre es una tarea imposible, porque cada uno de nosotros somos un pequeño universo de infinitos matices, incluso lleno de aparentes contradicciones, que no somos capaces de descifrar. Sabemos muy pocas cosas del hombre, aunque haya estado interrogándose acerca de sí mismo durante milenios. Captamos esa limitación angustiosa por doquier; así, de los 10.000 millones de neuronas que aproximadamente tiene el cerebro, las más preclaras figuras de la Historia no han logrado sino utilizar una pequeña proporción y, aún si se alcanzara la totalidad de ese potencial, apenas se poseería una parcela ínfima de la sabiduría que permitiese conocer la verdad sobre el universo, sobre cada individuo, ya que esa verdad radica solamente en Dios. Ahora bien, hay varios puntos esenciales sobre los que tenemos plena certeza, y entre ellos figuran los principios del conocimiento y del amor como valores absolutos para la orientación de la existencia.

El cardenal Herrera fue siempre un ejemplo de lealtad hacia esos principios, y así, mantuvo su presencia constante entre todos los miembros de la Asociación, sirviendo de estímulo de nuestra acción.

Particularmente, lo que conservo como más destacable de una larga conversación que tuve con él fue su juvenil espíritu, su caridad y su calidad de renovador. Cuando ya su vida se conservaba artificialmente, pendiente de un hilo cada vez más delgado, se conservaban con fuerza esas condiciones excepcionales. En efecto, su mente era juvenil, estaba plena de curiosidad, de generosidad, de inconformismo; su caridad, empleada sin restricciones a diario, trascendía especialmente en el amor a los humildes, en la paternal solicitud hacia quienes se le acercaran, y constituía la guía de una existencia entera dedicada a los semejantes; el ímpetu renovador le llevaba, incluso moribundo, a abordar nuevos proyectos, a acoger con alegría y esperanza el remozamiento de la Asociación con la aportación de los jóvenes, a señalar que era preciso mantener a toda costa la unidad, pero con dinamismo y el ánimo dispuesto al continuo reajuste en una sociedad cambiante de cuyas necesidades tenía plena conciencia.

Ha muerto, pero sólo físicamente, un hombre al que esta Asociación le debe la mayoría de sus mejores consecuciones. El homenaje conmovedor que le rindió el pueblo de Málaga ha sido la muda prueba del reconocimiento por el amor que había derrochado. Y a nosotros se nos plantea el problema de hacer honor a ese sentimiento popular y a esa gran personalidad que pervive en nuestras filas.

Para llevar a cabo los ideales de que fue pionero, cualesquiera que sean las dificultades, bastará recordar los avatares en que desarrolló su espléndida lucha el cardenal. Conoció una primera Gran Guerra, con el desplome de las estructuras establecidas en el siglo XIX; una Segunda Guerra Mundial que entregaba el dominio de la Tierra a dos superpotencias y traía la desaparición de la milenaria función rectora de Europa, el fin del colonialismo, el principio de una civilización distinta, la aparición de una sociedad con ideas, comportamientos y mecanismos técnicos que exigían innovar los sistemas de vida individual y colectiva arraigados en el pasado; una guerra civil donde estallaron las injusticias y los errores que él había denunciado; una etapa de recuperación y privaciones a la que seguía el despegue económico y la floración de otras inquietudes y ambiciones. En esa oscilación dramática que ha sacudido a toda la Humanidad, el cardenal sostuvo una vivida línea de comprensión y creación. Pertenecía en verdad a la Iglesia eterna, la que se fundó para la salvación de lo que es radicalmente humano, la que puso el amor como virtud y norma, la que hoy, como antes, ha pasado a ser la única institución segura para la salvaguardia del hombre. Es la iglesia que representa el foco de luz y el escudo ante las amenazas de oscurantismo, de reacción y de fariseísmo con que tropieza el ansia de liberación y de expansión de la personalidad y de los valores espirituales.

Cuando la sociedad española se debatía en la miseria y en una tradición de rencores y contiendas, el cardenal proyectó definitivamente esta Asociación como un núcleo apostólico, que pedía a sus miembros el cumplimiento de los preceptos cristianos en su vida privada y les daba a la vez la oportunidad de su formación en una acción pública influida por la doctrina social de la Iglesia. Como toda agrupación humana, muchos son los errores que se habrán cometido, pero también es evidente que el cardenal Herrera pudo presenciar empresas generosas, instituciones asistenciales consolidadas, órganos informativos y culturales eficaces, aportaciones reales al progreso. Sin embargo, como decía un sabio francés al hablar de los descubrimientos científicos, lo que conseguimos en cualquier momento no es sino un punto de partida para el mañana. Detenerse en la mera contemplación de lo ya realizado, inmovilizarse, sería un atentado a la condición humana de que fue símbolo el cardenal Herrera, dimitir del deber moral de contribuir a moldear la nueva sociedad que está naciendo, rehusar los llamamientos de la Iglesia posconciliar, cerrar los ojos ante las injusticias del presente y los riesgos que se ciernen durante una etapa en que otra vez parece como si prevaleciera el imperio de la fuerza y de la opresión para resolver los asuntos internacionales o nacionales. La cordura, la templanza, el dominio de las propias pasiones, la conciliación, fueron distintivos del cardenal, que hay que conservar a ultranza; pero también estaban acompañados de la fe, de la entrega a los demás, de la aceptación sin temor de la responsabilidad. No importan las incomprendiones ni las alianzas de intereses contrapuestos, como no le importaron a él como seglar, o como sacerdote, o como obispo, o como Príncipe de la Iglesia.

Son horas de grave meditación las que nos aguardan. Son muchos los indicios de que un telón de sombras puede estar cayendo sobre el mundo, por el grado de endurecimiento desplegado en amplios sectores de la Tierra contra el proceso de liberación y evolución pacífica hacia un sistema más justo y humano. Pero contamos con la clarividente espiritualidad de una Iglesia que se niega a la conversión de la sociedad en un pobre mecanismo económico, que reivindica la primacía de los valores, que sostiene los principios esenciales del amor y el conocimiento, que solicita la innovación. La fortaleza que ejemplarizó el cardenal Herrera ha de ser nuestra en caso de adversidad; como también serán nuestras su prudencia, su preocupación por la unidad, su cordialidad y su firmeza.

ENRIQUE LARROQUE

BLAS PIÑAR

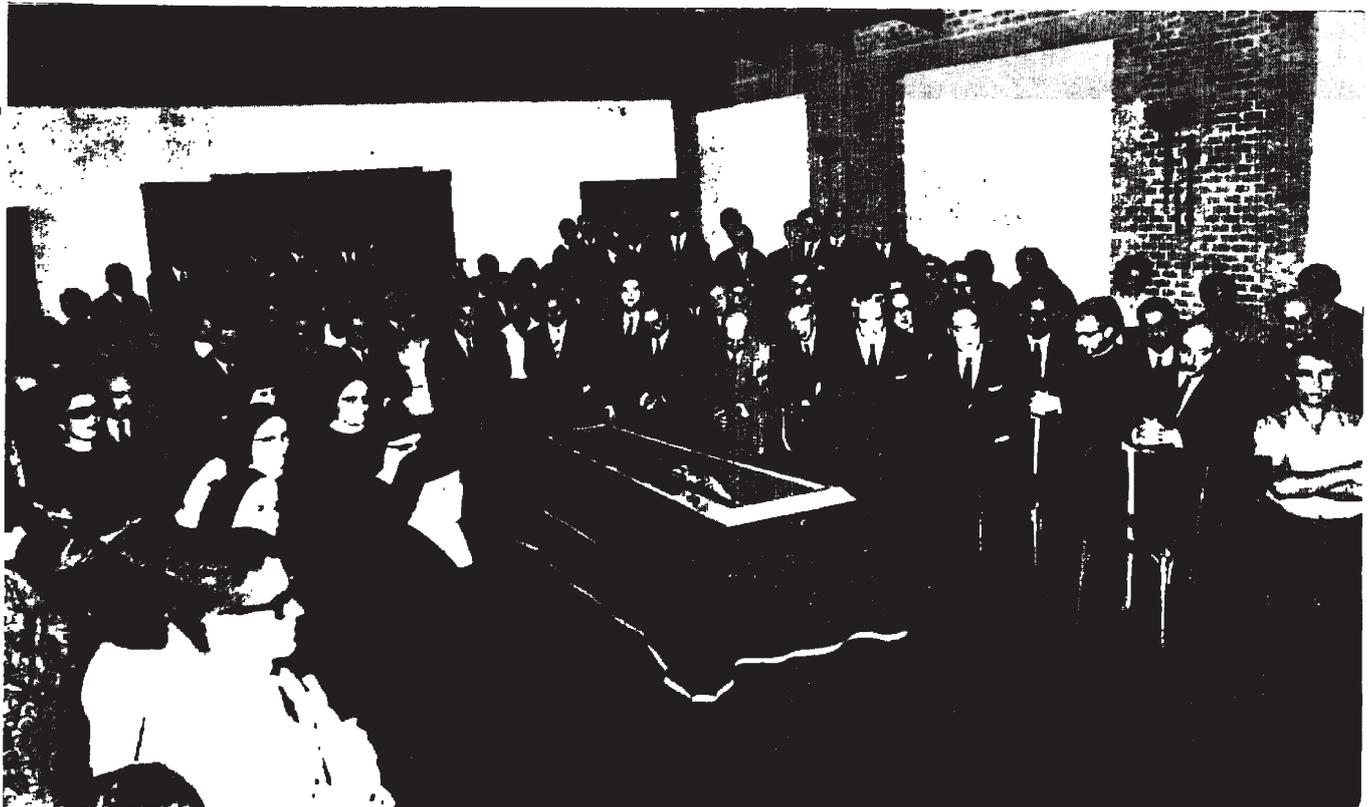
tora, a la que pertenecí durante algún tiempo.

La proximidad del «Rivera», de cuyo Patronato soy presidente, a la residencia en Madrid de don Angel, hizo que nos viéramos con frecuencia relativa. Había cosas que consultar, noticias imprescindibles que comunicarnos y, en cuanto respecta al que ahora escribe, el deseo, que nunca conseguí ver cumplido, de que el Instituto Social «León XIII» nos proporcionara un capellán para nuestro Colegio.

A don Angel, cardenal, le vi mucho menos. Estaba ocupadísimo y achacoso. Una noche me llamó para hablar largamente de asuntos editoriales y universitarios. Creo que fue entonces —y quiero ser veraz como prueba de mi respeto a su noble figura— cuando discrepamos, cuando me di cuenta de que las cosas las veíamos de manera distinta.

Esta es la relación sucinta de mis recuerdos de don Angel, un hombre que ha dejado una huella muy honda en el catolicismo de nuestro país, que lo hizo despertar imprimiéndole dinamismo, poniéndolo a punto, sacándolo de la sacristía y dándole valor para comparecer sin rubores en escenarios distintos a los que pudieran reputarse como exclusivamente «piadosos».

No quiero cerrar estas líneas sin traer a colación dos anécdotas edificantes para mí: una, de fidelidad a la Iglesia, cuando trajo para inaugurar el «Pro XII» al cardenal Ottaviani, prefecto de la Congregación del Santo Oficio; otra, su amor a las devociones populares, y de modo particular a las que se relacionan con María. «Un encarcelado moribundo —me contaba— se negó a confesar. Le conseguí una estampa de la Virgen de su pueblo. Aquel hombre, al verla, se echó a llorar, y se confesó conmigo. Murió como un santo.»



El último adiós a don Angel en la capilla del «León XIII». Estaban muchos propagandistas. Nuestro presidente lo acompañó hasta Málaga

Herrera, Director de «El Debate»

El día 26 de enero de 1965, «Ya» publicaba el siguiente artículo de nuestro llorado compañero Nicolás González Ruiz, que hoy nos complacemos en reproducir.

El cardenal Herrera Oria era en 1923, cuando lo conocí, un caballero de treinta y seis a treinta y siete años, severa y pulcramente vestido de tonos oscuros y sombrero flexible colocado en la cabeza con matemática verticalidad. Entraba en su despacho de «El Debate», del que era director, a las cuatro en punto de la tarde.

Entre las cuatro y las seis despachaba con secretaria o llamaba al jefe de información o a algún redactor en particular si había algo que tratar con él. Los ratos que permanecía solo tenía ante sí un bloc de papel cuadrado y allí solía ir trazando el esquema de algún artículo de fondo. Esquema preciso y arquitectónico. Las ideas principales, las secundarias y derivadas en su lugar y un sistema de llaves que denotaban fácilmente lo mayor comprendiendo a lo menor. Era un minucioso esqueleto que, rellenado de carne por el redactor a quien le correspondiera, formaría un claro y contundente artículo.

También podía ocurrir que en las dos horas, de cuatro a seis, recibiese alguna visita. El caso era que a las seis se terminaba aquella primera fase, porque a esa hora se reunía el Consejo de Redacción. Herrera lo convocaba mediante tres largos timbrazos iguales. En este timbre, cada uno de los redactores consejeros tenía su llamada, que figuraba en un cuadrado sobre la mesa del director. Parecía un mensaje en alfabeto Morse, puesto que el timbrazo largo era una raya y el breve un punto. Mi llamada eran dos timbrazos largos con el intermedio de uno y breve y estaba expresada así: — . —

Herrera presidía maravillosamente, y el Consejo bajo él se desarrollaba con una eficacia grande y muy bien encauzado a sus fines. Bien es cierto que yo no recuerdo haber tropezado en mi vida con una persona que gozase del prestigio y autoridad moral del antiguo director de «El Debate»: le tuteábamos la gran mayoría, si no todos los consejeros. Cierto; pero sin imponerle nadie, sin depender de ninguna regla o estatuto, le profesábamos todos el respeto más profundo y real. Esto le permitía gobernar el Consejo y, en suma, el periódico con extraordinaria suavidad en las maneras, sin dar nunca una voz destemplada, seguro de ser obedecido «por las buenas» y seguros todos de que sabría hacerse obedecer si era necesario.

Su sentido del gobierno, de los deberes que impone en pro del bien común de todos los gobernados, sería largo de explicar. Pero acaso valga para ello una anécdota. En cierta ocasión, un redactor consejero (no atestiguo con muertos, pero no voy a decir ahora quién es) se colocó en situación tirante con el director por un motivo fútil. Pero la situación se iba agrandando al mantenerse por ambas partes una actitud en la que, desde luego, el principio de autoridad no debía ceder, y la cuerda amenazaba romperse por lo más delgado. Y en esto, Herrera le dijo una tarde al redactor: «Esto se ha terminado. Aquí no ha ocurrido nada absolutamente. Y eso lo hago porque tengo el deber de defender el pan de tu mujer y de tus hijos contra ti.»

No creo que haya nada que pueda ofrecer un sentido más cabal de lo que es un jefe y, en realidad, un patrono, si patrono quiere decir lo mismo que padre. ¿Y qué decir del sentido social que derrochaba en su trato con el personal de todas las categorías? Ni en retribución, ni en asistencia, ni en ser objeto de afectuosos cuidados hubo nadie por encima de un redactor o de un obrero de los talleres de «El Debate». Todo el personal del periódico formaba (siendo el tópico, pero es la verdad) una gran familia unida en lo fundamental y regida con un severo criterio de justicia.

CIERTO HUMOR

Criterio de justicia, pero sin el más leve asomo de blandenguería. Por lo demás, fue siempre encantador en sus modales y no dejaba de exhibir de vez en cuando una punta de humorismo de la mejor ley. Yo escribí muchos artículos de fondo de «El Debate» al dictado suyo. El mecanismo era como sigue: se colocaba por delante la partitura de papel cuadrado, a la que me he referido ya, y comenzaba a hablar, a veces, durante media hora seguida, mientras yo tomaba notas. Porque no dictaba, sino que explicaba lo que quería para que el redactor lo interpretase y lo desarrollase a su modo. Se marchaba uno con sus notas y volvía al cabo de una hora o del tiempo preciso con el artículo redactado. Herrera lo leía y exclamaba siempre: «Muy bien.» A veces no pasaba de ahí y uno se iba tan contento; pero alguna vez añadía: «Muy bien, está muy bien; sólo que yo omitiría estas consideraciones que haces al principio, rellenaría de datos la parte central y me dirigiría para concluir directamente al Gobierno.» A esto replicaba yo, algo decaído: «Entonces... ¿lo hago otra vez?» Y él concluía: «Bueno; si te parece...» Salvo la fórmula china, que todo el mundo conoce, no hay mejor manera de echarle a uno abajo un artículo editorial.

Salíamos del Consejo a eso de las siete y se empleaban las horas de siete a nueve en escribir o en leer periódicos, si no había mejor cosa que hacer. A las nueve subía al despacho del director el jefe de noche y confeccionador y se preparaba la orden de ajuste del periódico del siguiente día. El propio director dibujaba lo esencial, lo que no podía faltar ni cambiar de sitio sin causas justificadas, y entre nueve y media y diez abandonaba la redacción hasta el siguiente día. En los años que estuve a su lado escribió personalmente tres veces. El director dirige, y el que lleva la batuta no puede tocar ningún instrumento. Pero estaba siempre tan cerca de nosotros como lo necesitábamos. En una jornada trágica, un domingo de 1928, permaneció a nuestro lado, primero en el lugar del suceso y luego hasta la madrugada, para conseguir que «El Debate» fuera el periódico que publicase la mejor información del incendio del teatro Novedades.

Siempre nos sentimos dirigidos, amparados de una manera eficaz y permanente por él. Supo, como he dicho, hacerse obedecer, pero en el sentido que se dice que obedecer es amar. La huella que ha dejado en los hombres que han trabajado con él depende en mucho de la categoría de estos hombres, muy pobre a veces; pero es imborrable.

UNA VIDA FECUNDA

Al servicio de la Iglesia y de la Patria

ANGEL Herrera Oria nació en Santander el 19 de diciembre de 1886. Décimo hijo de una familia numerosa de trece hermanos. Su padre, don José Herrera Ariosa, era montañés. Su madre, doña Asunción Oria, madrileña.

AÑOS DE ESTUDIO Y FORMACION. ABOGADO DEL ESTADO

Cursó sus estudios de Bachillerato en el colegio de San José, en Valladolid, de los padres jesuitas. Con éstos hizo también, en la Universidad de Deusto, la carrera de Derecho. Se licenció en la Universidad de Salamanca en 1905.

En 1907 se trasladó a Madrid. Inicialmente pensó opositar a una cátedra de derecho político. Pero decidió hacer las oposiciones al cuerpo de Abogados del Estado. Obtuvo el número tres de la oposición. En el primer ejercicio desarrolló el tema administrativo con tal brillantez que fue sacado en hombros de la sala por los asistentes. Inmediatamente pasó a la Delegación de Hacienda en Burgos. Estuvo allí sólo siete meses. El 10 de octubre de 1908 pidió la excedencia. Su vida cambiaba de rumbo definitivamente.

PRESIDENTE DE LA ASOCIACION CATOLICA NACIONAL DE PROPAGANDISTAS. DIRECTOR DE «EL DEBATE»

Durante su estancia en Madrid, Angel Herrera destaca en la Congregación de los Luises, dirigida entonces por el padre Angel Ayaia. Obedeciendo una sugerencia del entonces Nuncio en España, monseñor Vico, el padre Ayala reúne, en octubre de 1908, en el colegio de Areneros, a una docena de congregantes. Se piensa en la propaganda oral católica organizada con nuevos métodos. El 25 de marzo de 1909 se establece un plan para romper el respeto humano y el inconcebible complejo de inferioridad que entonces padecían los católicos españoles. El 3 de diciembre de 1909, día de San Francisco Javier, se funda solemnemente la Asociación Católica Nacional de Jóvenes Propagandistas. Su primer presidente es Angel Herrera.

Comienza entonces un bienio de intensa actividad propagandística. Castilla la Vieja, Castilla la Nueva y Andalucía escuchan los mítines católicos dados por estos jóvenes, que llegan en no pocos casos a arrebatarse a las izquierdas el monopolio de los actos públicos.

En Valderredible, en 1910, se tiene uno de los primeros actos públicos. El caciquismo local pretende impedir el acto. Pero éste se celebra, y con éxito. Herrera es el primer orador. En 1912 tiene lugar en Palencia, en la plaza de toros, otro gran mitin. El clero rural apoyó la iniciativa. El caciquismo se alzó de nuevo. Logró impedir que llegaran a Palencia los quince mil campesinos que se esperaban. Pero Angel Herrera enardecido a los cuatro mil concurrentes. En Granada habla un día Angel Herrera. El local estaba atestado. Un fotógrafo se excede en el magnesio utilizado para la fotografía. Se produce la desbandada. La voz dominadora de Herrera devuelve la serenidad a los reunidos.

Madrid, junio de 1911. Se celebra el Congreso Eucarístico Internacional. Acto y procesión de clausura, el 29 de junio por la tarde. La manifestación de fe es imponente. La Prensa calla o reduce las dimensiones reales de los actos.

Al anochecer, Angel Herrera pasea con José María Urquijo y



Angel Herrera cuando era presidente de la A.C.N. de P.

Domingo Epalza por la calle de Alcalá, todavía enarenada. Se hallan frente a la parroquia de San José. Sienten la conspiración del silencio de la prensa y palpan que es insuficiente la eficacia de la palabra hablada. Hace falta disponer de un diario para poner también la palabra escrita al servicio de la propaganda católica.

Por aquellos días viene arrastrando vida lánguida un diario madrileño fundado en octubre de 1910. Se titula «El Debate». El 31 de octubre de 1911, a los cuatro meses de la conversación referida, Angel Herrera y los propagandistas, juntamente con «La Gaceta del Norte», de Bilbao, compran «El Debate». El día 1 de noviembre de 1911 sale el primer número de la segunda época del diario. Su primer editorial es significativo como programa de intenciones y como reflejo de la época. Se titula «A banderas desplegadas y alta la visera». Ha nacido «El Debate», que va a convertirse pronto en uno de los mejores diarios nacionales. Su director, hasta 1933, será Angel Herrera.

FUNDADOR DE LA EDITORIAL CATOLICA

En 1912, «La Gaceta del Norte», que ha prestado generosa ayuda, cede su participación a los propagandistas y se retira. Angel Herrera funda entonces La Editorial Católica, entidad propietaria de «El Debate» y constituida íntegramente por miem-

bros de la Asociación Católica Nacional de Jóvenes Propagandistas.

Alguien dijo en 1911 que «El Debate», en su nueva orientación, moriría pronto. Que no valía la pena combatirlo. A las pocas semanas queda desmentida la gratuita previsión. Pronto triplica el diario su tirada. La sección editorial de «El Debate» se convierte en caja de resonancia de la conciencia nacional española ante los grandes problemas del país. La primera guerra mundial ofrece base al periódico para defender la posición de neutralidad de España.

Un aire nuevo se advierte en el diario. Con tenacidad incansable, Herrera introduce en «El Debate» una amplitud sorprendente de temas, una altura intelectual, un estilo dialéctico y una energía nueva en el panorama del catolicismo español, que dispone ya de un gran órgano de prensa.

Los sucesos de 1917 dan motivo a Herrera para fijar dos posiciones nítidas de su programa: el respeto a la autoridad y al orden público y la necesidad de reformar a fondo las estructuras económico-sociales del país para acabar con las injusticias que fomentan y explican los brotes revolucionarios. Un llamamiento a la reforma de la conciencia social de los españoles se yergue desde entonces en la sección editorial de «El Debate».

LA GRAN CAMPAÑA SOCIAL

En 1922 se celebró la Gran Campaña Social. Fue organizada por los propagandistas. Angel Herrera fue su promotor y director. Llovieron las adhesiones. Las colaboraciones se multiplicaban. El Papa Benedicto XV la bendijo; los metropolitanos españoles, en documento colectivo, la hicieron suya. Inauguróse la campaña en medio del mayor entusiasmo, y en medio del mayor estupor hubo de suspenderse a los pocos días. Para calmar un poco los ánimos exaltados hubo que organizar un mitin en el teatro de la Zarzuela. Habló Vázquez de Mella, quien pronunció palabras proféticas: «Quien no permite campañas sociales que sean dique, tendrá que aguantar campañas antisociales que serán devastadoras.» La oposición de las clases conservadoras, apoyada en Palacio, echó por tierra esta gran iniciativa.

LA CONFEDERACION CATOLICO-AGRARIA

No intervino Angel Herrera de manera directa en la fundación de la Confederación Católico-Agraria, lo cual fue obra de dos grandes amantes del pueblo, don Antonio Monedero y el padre Nevares, de la Compañía de Jesús. Los cimientos sí los puso Herrera. En Palencia organizó un movimiento agrario después de un mitin, que contó también con la enemiga de las clases conservadoras. Es sintomático el nacimiento. Un día supo que en la plaza de Oriente había grupos de campesinos que querían ver al rey. Eran de Palencia. Herrera se hizo cargo de la realidad y comenzó la acción para liberar a aquellas pobres gentes de las fuerzas que pesaban sobre ellas.

Angel Herrera, como presidente de los propagandistas y como director de «El Debate», ofreció un apoyo constante e incondicional a la Confederación. Todas las campañas de esta obra eran recogidas en las columnas del diario. Y el fruto que la Confederación produjo —gracias a ella quedó barrida la usura de casi toda la España agrícola— se debió en buena parte al apoyo que los propagandistas le prestaron.

CASCADA DE OBRAS EN LOS AÑOS VEINTE

Desde 1911 a 1933, Angel Herrera es simultáneamente director de «El Debate» y presidente de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas. El sustantivo «jóvenes» desaparece un día conforme van dejando de serlo. A partir de 1920 la actividad de Herrera se despliega en varias obras de amplitud nacional con carácter anticipador de soluciones en todas ellas. Herrera fue, en realidad, el primer formador del catolicismo español a la europea en el buen sentido de la expresión, sin perder en nada las esencias de lo nacional.

Del mismo modo que apoyó Herrera las iniciativas de Monedero y el padre Nevares en el movimiento de redención del pueblo campesino español, favoreció también decididamente los esfuerzos que en el sector de las ideas llevó a cabo el grupo social de la entonces llamada democracia cristiana, don Salvador Mingujón.

Creó Herrera en 1918, dentro de otra de sus grandes líneas de preocupación social, la primera Oficina Informativa de la Enseñanza. En 1919 intervino en la fundación de la Confederación Nacional de Estudiantes Católicos, de la que habría de ser alma y paladín don Fernando Martín-Sánchez Juliá. En 1921 participa Angel Herrera de modo decisivo en el establecimiento del entonces incipiente movimiento de Pax Romana. En 1924 organiza la Juventud Católica Española, primero en Madrid y después en toda la geografía española. En 1926 funda Herrera la Escuela de Periodismo de «El Debate», adelantándose a una necesidad que tardaría todavía varios lustros en ser atendida por el Estado.

Y como obra predilecta, aunque menos llamativa, durante

UNA VIDA FECUNDA

los años veinte, Angel Herrera organiza, dirige, estimula y orienta los círculos de estudio de los propagandistas para el análisis y difusión de la doctrina social de la Iglesia y para la fijación de criterios prácticos colectivos ante los problemas urgentes de toda índole de aquellos años. Estos círculos, en los que ha quedado la huella honda de Herrera, constituyen la cooperativa de ideas y criterios más seria llevada a cabo por el catolicismo español en aquel decenio. Sus frutos están publicados en el Boletín de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas.

LOS AÑOS DE LA REPUBLICA

Al proclamarse la República, en abril de 1931, Angel Herrera cuenta en la dirección de «El Debate» con su Consejo de Redacción, órgano de orientación ideológica y fijación de criterios que ha ido formando lentamente en los años anteriores. Pertenecen a él figuras que han de tener relieve destacado en la política española inmediata. Cuenta también con la Asociación Católica Nacional de Propagandistas. Cuatro días después de proclamada la República, que lo ha barrido casi todo, se yergue Herrera y reúne en Chamartín el Centro de Propagandistas de Madrid. Los demás no sabían a dónde iban. Herrera lo tenía todo pensado. Y surge allí la Acción Nacional, movimiento civil católico para actuar en los primeros meses de la República, sacudir la inercia y eliminar la desorientación de los primeros momentos. Después, el Gobierno prohíbe la palabra «nacional», y se convierte en Acción Popular, primero la Confederación Española de Derechas Autónomas. Después, Herrera se presenta candidato a diputado a Cortes por Madrid y no triunfa. Una vez que ya hay una pequeña minoría en el Parlamento, Herrera se retira de la política activa. En adelante ya no tendrá ninguna responsabilidad en ella.

En 1933 surgen, por obra de Herrera, casi simultáneamente, tres grandes obras: el Centro de Estudios Universitarios, el Instituto Social Obrero y la Universidad de verano de Santander. En el mismo año es nombrado presidente de la Junta Central de Acción Católica, a la cual se consagró totalmente, y dejó por ello la dirección de «El Debate». Dos años después, en 1935, deja también la presidencia de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, en la que le sustituye uno de los

hombres más dinámicos de la obra: Fernando Martín-Sánchez Juliá. Un nuevo rumbo se abre en la vida de Angel Herrera. El mismo Martín-Sánchez le sucede en la dirección de la Escuela de Periodismo de «El Debate».

SACERDOTE Y OBISPO

En 1936 Angel Herrera marchó a Friburgo para hacer los estudios eclesiásticos. La decisión era antigua en el ex director de «El Debate». Pero la puesta en práctica se había venido dilatando por razones de servicio a la Iglesia y a la Patria. Tras cuatro años de intenso estudio, es ordenado sacerdote. En 1943 regresa a España. Es nombrado coadjutor de la parroquia de Santa Lucía, de Santander. Allí inicia la predicación apostólica, que no cesará hasta que la enfermedad le relieve de los púlpitos. Y allí trabaja con todos, pero especialmente con los pescadores de Maliaño, a quienes atiende en lo espiritual y en no pocas necesidades temporales, particularmente en la asistencia y la vivienda. Y desde Santander interviene en 1943 en la fundación de la Biblioteca de Autores Cristianos, llevada a cabo por dos insignes colaboradores de Angel Herrera en la Acción Católica: don Máximo Cuervo Rádigales y don José María Sánchez de Muniáin.

En 1947, Pío XII le hace obispo, y don Angel Herrera toma posesión el 12 de octubre de la sede episcopal de Málaga. Comienza entonces la segunda gran época de creación de instituciones. Funda en 1952 el Instituto Social León XIII, en el que le ayuda el hoy obispo vicario capitular de Valencia, don Rafael González Moralejo. Dirige una obra de homilética moderna, titulada «La palabra de Cristo», en diez volúmenes de la B.A.C., que obtiene un éxito impresionante y es traducida al inglés y al italiano. Promueve desde Málaga la Asociación Pío XII, de agricultores. Resuelve el problema de la enseñanza rural en la diócesis y consigue para ello una ley y múltiples colaboraciones sociales. Levanta la Escuela de Ciudadanía Cristiana y posteriormente la residencia Pío XII. Funda la Escuela de Periodismo de la Iglesia. Y en enero de 1965 el obispo de Málaga es elevado al cardenalato por Su Santidad Pablo VI. De esta época se ocupan otros trabajos que ofrecemos a los lectores. Una vida, como se ve, fecunda en obras y de verdaderas dimensiones históricas.



Don Angel en el funeral de «corpore insepulto» del P. Angel Ayala. El 22 de febrero de 1960